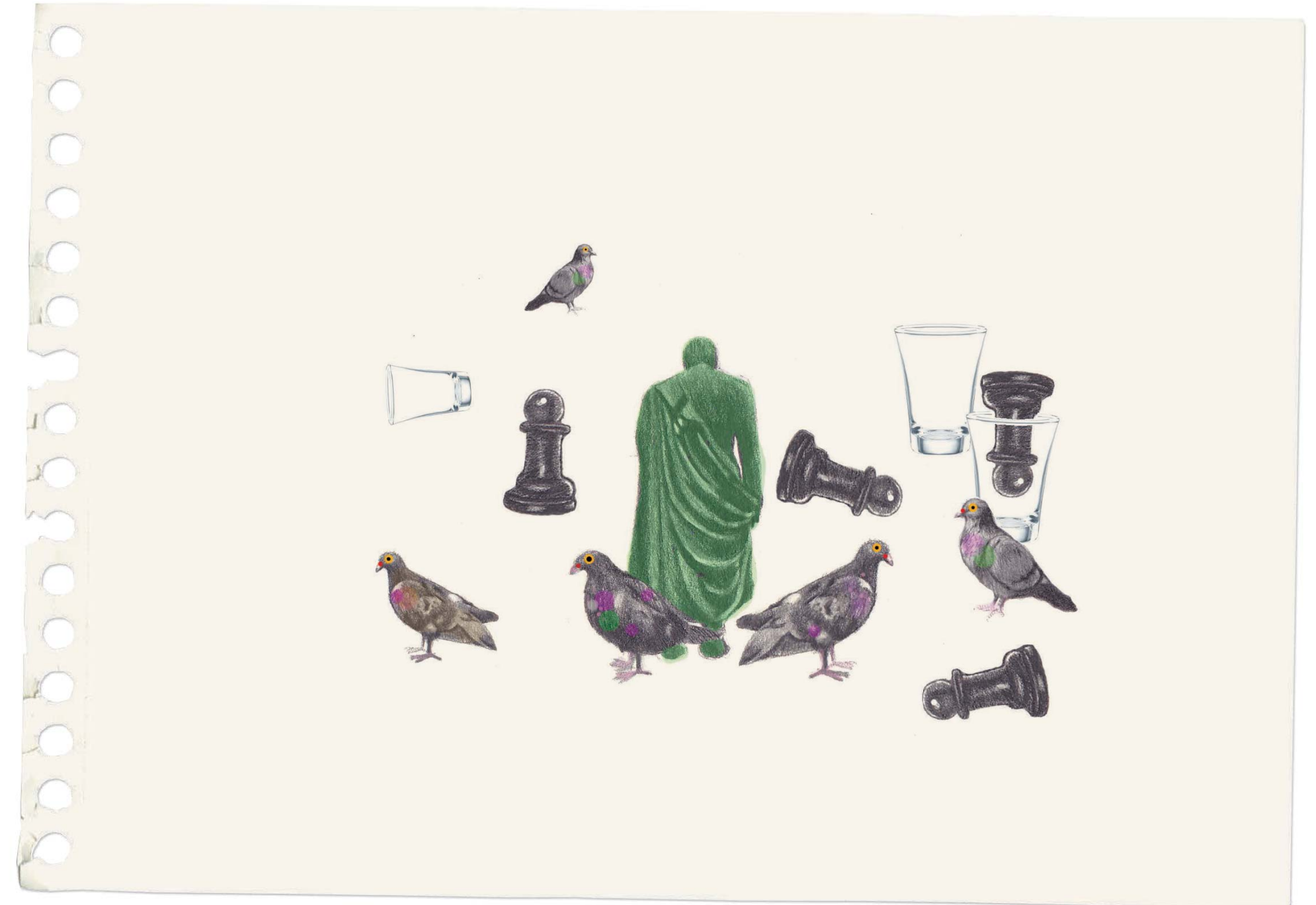


Plazuela de San Ignacio



“Pasaron algunos días y el ejército, fiel a su bandera, todo lo esperaban del señor Vegal; pero se ausenta del Estado el general Rengifo, y el Consejo por orden del Secretario de Gobierno y Guerra, dio posesión al doctor Pedro Restrepo Uribe, segundo designado para ejercer el Poder Ejecutivo del Estado. Tanto el día de la ascensión del señor Restrepo al Poder, como al siguiente, el señor Vegal se mostró indignado, llevando su indignación hasta el extremo de decirme particularmente estas palabras: ‘el señor Restrepo, traicionándonos, trata de arrebatar nos el parque de San Francisco; pero usted en ningún caso dará lugar a segunda orden para volar a defenderlo’”.

Jorge Isaacs, *La revolución radical en Antioquia, 1880*. 2013.



1793



Los padres franciscanos dieron comienzo a la construcción del conjunto conformado por colegio, convento y capilla. Para ello compraron un terreno en el barrio San Lorenzo, al oriente de la ciudad.

1803

El presbítero fray Rafael de la Serna puso la primera piedra del conjunto de los franciscanos, que a partir de entonces fue llamado Plazuela de San Francisco.

1810

Estalla la revolución de Independencia y se detienen los trabajos de construcción.

1822



El 9 de octubre el vicepresidente Francisco de Paula Santander decretó la creación del Colegio de Antioquia, que debía funcionar en el convento construido por los franciscanos. La iglesia también pasó a ser propiedad del colegio, y a partir de entonces el conjunto fue conocido como Plazuela del Colegio. El lugar se convirtió entonces en el primer núcleo estudiantil de la ciudad, y a sus alrededores comenzaron a abrirse nuevos colegios y casas para albergar a los estudiantes de afuera.

Oasis San Ignacio

Por PABLO MONTOYA

1
"Somos una rara avis, religiosa y de rapiña". Así se refiere Augusto Salazar Bondy a los limeños en los asuntos de aceptar el pasado como heredad y los fantasmas del ayer como ancestros venerables. Estas palabras les sientan muy bien a los habitantes de Medellín, que desde la segunda mitad del siglo XX se han dedicado a arrasar la memoria histórica reflejada en la arquitectura de sus moradas y en el dechado de sus parques. Extraño pajarraco, sin duda, que venera con mariano conservadurismo a sus abuelos y no le tiembla la mano a la hora de destruir los sitios por donde alguna vez ellos transitaron. Pero toda ciudad crece inevitablemente, y Medellín forma parte de esas que Lévi-Strauss define cuando habla de São Paulo: criaturas en apariencia limpiísimas que pasan de la barbarie a la decadencia sin haber conocido la civilización. Y con esto el autor de *Tristes trópicos* se refiere a las ciudades del Nuevo Mundo como urbes en donde lo que importa es la ausencia de vestigios.

Tomás Carrasquilla decía que Medellín era un paraíso climático y que el problema eran sus habitantes dueños de un no sé qué infernal. Qué diría el escritor si viera el destino del barrio Estación Villa, por ejemplo, sacrificado por esa herida llamada Avenida Oriental. Qué diría si viera en vez del cálido Teatro Junín un edificio falocrático que ha terminado por convertirse en patrimonio visual de la ciudad. Y ni qué hablar de los barrios Prado y Laureles, salidos de madre por el mal gusto de los nuevos ricos. Con Medellín es el ahora rabioso y prosaico lo que importa. Esa es su forma de sentirse contemporánea: pisando duro entre el caos y la desmemoria.

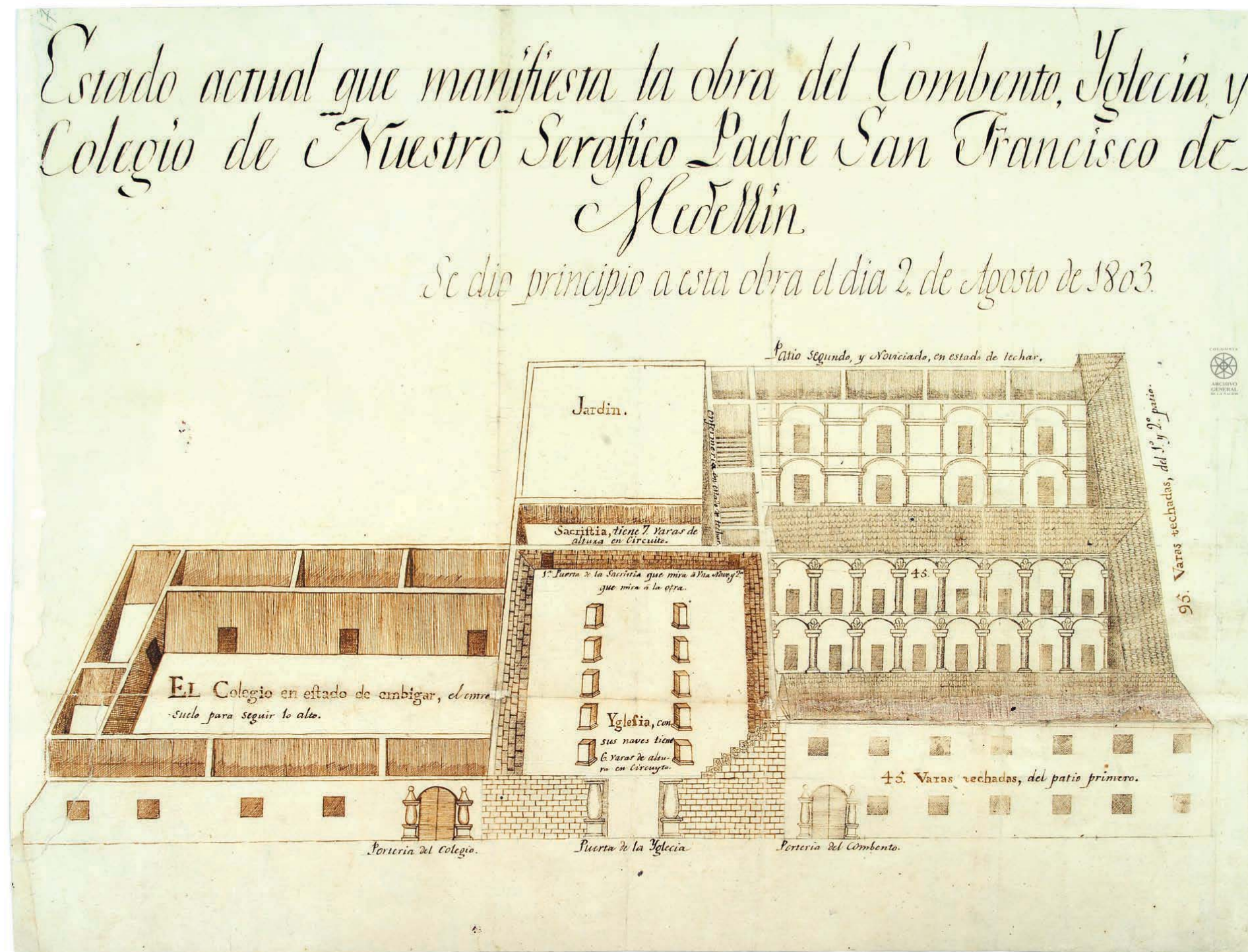
2
Sin embargo, en el centro de esta condición, está la Plazuela San Ignacio. Allí se ha

preservado, de algún modo, nuestra historia. Recorriendo sus parajes podríamos remitirnos al sentido de la palabra oasis. De hecho, para quien camina por el Centro, vapuleado por el ruido y la polución, llegar a esta plazoleta significa respirar otra atmósfera. Es como si entre Pichincha, Ayacucho y Girardot, nombres que tienen que ver con la pólvora, el sable y los cañones de la República, surgiera de pronto un apacible himno académico o un ángelus susurrado por un coro franciscano, o una silva geográfica en la que los verdaderos protagonistas no son los hombres sino las ceibas y las palmeras. Y no es nada injusto comenzar con una ponderación de ellas. Las tres ceibas majestuosas dicen, a quien sea capaz de mirar hacia arriba, que al lado de la tosquedad humana siempre habrá un espacio para la dignidad vegetal. Y aunque miro con sospecha el exótico americanismo de postal que inauguró Alexander von Humboldt, al detenerme en sus tallos y ramajes perentorios recuerdo que el barón consideraba que los verdaderos templos del trópico no eran las catedrales, los castillos y los palacios, sino los árboles.

Las dos palmeras, que enmarcan como cirios exuberantes la entrada de la iglesia de San Ignacio, fueron sembradas en el siglo XIX, y es posible verlas, pequeñas, tiernas e ingenuas, en algunas fotografías en las que las fachadas de lo que es ahora el casco histórico del parque guardaban la sobriedad colonial y republicana. Las palomas, que son una plaga de las polis modernas, y que para algunos no son más que ratas aéreas, sobrevuelan el aquí y el allá del pequeño rectángulo de la plazoleta. Parecen ajenas a la historia polvorosa del lugar que habitan, pero no son bobaliconas del todo. Hay algo de revancha franciscana en el hecho de que la estatua de Santander, levantada en el centro, sea el sitio predilecto para posarse y dejar sus cagarrutas.



Francisco de Paula Santander.



Plano del convento franciscano en la antigua plaza de San Francisco. 1806.

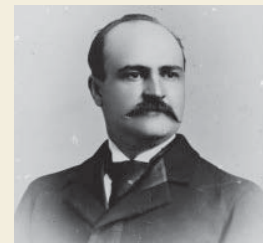
1823

Se concluyó el edificio del convento y se instaló allí el Colegio de Antioquia. Sin embargo, este solo funcionaría hasta 1828, pues al año siguiente, durante la rebelión de José María Córdova, sería cerrado y serviría como cuartel por primera vez.

1871

Se ordenó establecer la Universidad de Antioquia en el edificio donde funcionaba el Colegio de Antioquia; este quedaría incorporado a dicha universidad. Sin embargo, para 1875 gran parte del edificio, ubicado sobre el costado de la calle Ayacucho, todavía era utilizado como cárcel.

1876



Tomás Carrasquilla inició sus estudios de leyes en la Universidad de Antioquia. Cuenta el escritor que las féminas más famosas entre los estudiantes eran 'Cata', vendedora de ponche en la plazoleta, y 'Mica', quien les arreglaba la ropa y les hacía mandados nocturnos a los internos (algún tabaco o recado amoroso se colaba por la ventana).

1879



Las aulas de la recién fundada universidad fueron desocupadas a causa de la guerra civil; lo mismo sucedió con la iglesia franciscana, en cuyas pilas de agua bendita se les daba de beber a los caballos, mientras en los altares se armaban los fogones para hacer la comida de la soldadesca.



► Plazuela de San Francisco. 1875.

3

No hay lugar en Medellín que hable con tanta nitidez de nuestra identidad religiosa y militar como la Plazuela San Ignacio. No hay otro sitio que trasunte con más claridad las caricias y empujones que ambas categorías se han dado entre sí. Pedagogía escolástica con sus monjes cristianos y armas patrióticas que defienden o prohíben el espíritu laico de algunos prohombres. A inicios del siglo XIX el patrón que protegía el baldío del barrio San Lorenzo, en donde habría de construirse una iglesia, un colegio y un claustro para garantizar la educación de la juventud medellinense, fue Francisco de Asís. Nada más apropiado para un terreno sólido y a la vez pródigo en aguas, lejano de la Villa de La Candelaria, desde un principio más amiga de la batahola que el hermano del sol, la luna y los pájaros. Rafael de la Serna, fraile de esta orden, se encargó de escoger el sitio, de colocar la primera piedra en marzo de 1803, y de asegurar que

todo marchara bien en esos años todavía calmos en los que solamente las crecidas de la quebrada La Palencia generaban pavor entre los lugareños.

Pero con la llegada de la Independencia todo cambió de semblante y se inició una vertiginosa transformación, de tal manera que los frailes de Francisco, cómplices de la corona española y reacios a los nuevos aires de libertad, fueron expulsados. El colegio y sus alrededores pasaron de la égida monjil al estropicio militar de los republicanos. Y así como las calles de la ciudad pasaron a llamarse como los próceres y sus batallas, dejando atrás la apacible gracia de los nombres coloniales, a mi general Santander lo pusieron a tutelar el parque. Y no faltaba más que así fuera, desde el punto de vista de la nación. Pero tratemos de ser justos en dominios en los que habita la injusticia, y digamos que el pobre de Asís, o al menos su representante de la Serna, debería de estar ocupando el espacio del *parvenu* hombre de las

► Sup. Plazuela San Ignacio. 1915.
► Inf. Plazuela San Ignacio. 1941.

leyes colombianas. Rafael de la Serna fue el primero que depositó el guijarro didascálico, y sus clases de gramática, filosofía y teología iluminaron por primera vez estas coordenadas proclives al bruto negocio bursátil. Pero ¿y San Ignacio y los jesuitas?, preguntarán algunos. Ellos vinieron después, a finales del siglo XIX. Y se adueñaron de las coordenadas educativas y le pusieron el nombre de su patrón inquisitorial a la plazoleta, a la iglesia y al colegio. Y es su traza la que todo el mundo reconoce y celebra ahora.

4

Con la República instalada empezó a forjarse una educación laica en Medellín, y por ello Santander se tornó imprescindible. Pero esta educación no habría de prosperar mucho en la ciudad, habitada por los energúmenos y taciturnos conservadores de pura sangre, sino hasta bien entrado el siglo XX. El Colegio Franciscano, por los cambios sugeridos en el Congreso de Cúcuta y por ley santanderina, pasó a llamarse Colegio de Antioquia en 1822. Luego se hizo Colegio Académico, en 1837. Después Escuela Normal de Antioquia, en 1850. Colegio

Provincia de Medellín, en 1853. Y más tarde Colegio del Estado, en 1860. Hasta que, en 1871, Pedro Justo Berrío lo bautizó Universidad de Antioquia. La Universidad de ahora, en aras de otorgarse una longevidad respetable, asegura que nació en 1803 con el gesto de Rafael de la Serna. Y desde el punto de vista de la continuidad educativa que hay entre los últimos tiempos de la Colonia y el naciente país acaso tengan razón los historiadores.

En todo caso, entre nombre y nombre, que es como decir entre escolástica española y liberalismo ilustrado francés o inglés, los milicos hicieron y deshicieron. Cuántas



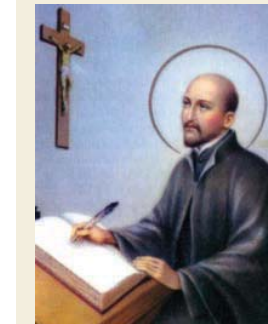
1880

Durante la revolución radical de Jorge Isaacs muchos soldados desesperados se suicidaron en las gradas del altar de la iglesia.

1885

Los jesuitas fundaron el Colegio San Ignacio en el edificio del antiguo convento franciscano. La Universidad, por su parte, se estableció en los edificios ubicados sobre la calle Ayacucho, y con ello empezaron los enfrentamientos entre los estudiantes de una y otra institución.

1886



Con la instalación del colegio jesuita el patrón de la plazuela ya no fue San Francisco sino el santo de Loyola, por lo que a partir de entonces empezó a ser llamada Plazuela de San Ignacio.

1913

Después de los continuos cierres y las ocupaciones militares de la Universidad, el rector Miguel María Calle encargó a Horacio Rodríguez la tarea de darle a la institución el edificio que merecía. Sobre la edificación de tapia surgió entonces el que hoy conocemos, de arquitectura ecléctica.

1916

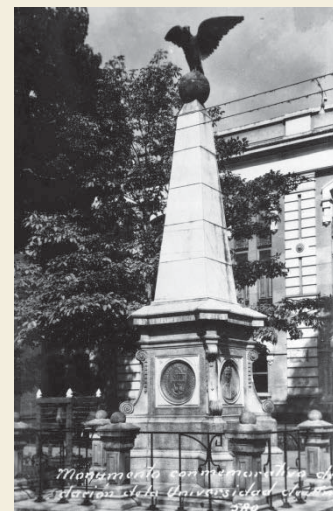
Fue inaugurado el Paraninfo de la Universidad de Antioquia.



1917

Se ordenó la reconstrucción del Colegio San Ignacio. Agustín Goovaerts, ingeniero-arquitecto del Departamento, asumiría la obra en 1920, para culminarla, casi en su totalidad, en 1926.

1922



Al cumplirse el primer centenario de la fundación de la Universidad de Antioquia se propuso la remodelación de la plazuela, de la cual se conservaron el obelisco, la estatua de Santander y los bustos de Marceliano Vélez y Marceliano Restrepo. Ese mismo año se iniciaron los trabajos de remodelación de la iglesia sobre planos del arquitecto Agustín Goovaerts.

1927

El templo, que desde su construcción estaba dedicado a San Francisco, pasó a tener como patrono a San Ignacio de Loyola.

1934

Se adoptó el plan general de nomenclatura de la ciudad, en el cual la plazuela aparecía con el nombre de José Félix de Restrepo, educador, magistrado y jurista que influyó fuertemente a los jóvenes próceres de la Independencia cuando fueron sus alumnos. Félix de Restrepo fue, además, pionero en promover la abolición de la esclavitud.

veces estas coordenadas del aprendizaje y la oración se convirtieron en batallones de conservadores o liberales en guerra, en depósitos de pólvora o en oficinas burocráticas de la policía. En esto, sin duda, nuestros líderes seguían a pie juntillas el paradigma de los revolucionarios europeos, que transformaban con velocidad inusitada las iglesias y catedrales en templos agropecuarios o reservas de sal y armas en nombre de la diosa republicana.

Sucedido entonces este período candente y establecida la constitución de 1886, católica y reaccionaria hasta el tuétano, los jesuitas entraron en acción. Los seguidores de Ignacio Loyola llevaban años viviendo al vaivén de expulsiones y bienvenidas dados por los gobiernos de turno. Y cuando por fin se instalaron en Medellín respiraron de nuevo el mejor clima del mundo y agradecieron a Dios volver a estar entre las gentes más hospitalarias de un país insensato y rústico. En 1884 Rafael Núñez les dio paz y salvo para que se explayaran en Colombia, y firmaron con el gobernador de Antioquia Marceliano Vélez, de quien hay un busto en el parque, la fundación del Colegio San Ignacio en 1885.

5

El siglo XX empezó en guerra y las edificaciones del parque se veían vetustas y en ruinas. Pero pasado el colapso

vergonzoso de la Guerra de los Mil Días, Medellín se hundió en los aires de la renovación. El maestro Horacio Rodríguez, a partir de las viejas construcciones coloniales de piedra de canto rodado, barro, caña brava y adobe, concibió la arquitectura de lo que es hoy el Paraninfo de la Universidad de Antioquia y las fachadas del Claustro de San Ignacio. Rodríguez, que sabía tanto de fotografía como de marmolería, de ebanistería como de grabado, mezcló con acierto ambas tradiciones arquitectónicas, la antigua campesina y la nueva citadina, y explicó que había que remodelar esas moradas para el oído y la vista de los privilegiados del conocimiento.

Luego el arquitecto Agustín Goovaerts, que se asoció con Félix Mejía y Roberto Pérez, se ocupó del templo y de culminar la construcción del colegio de los jesuitas. La impronta del belga es diciente en Medellín, hasta tal punto que podría atribuirse a su exquisita mano neoclásica, barroca y republicana la arquitectura admirable del pasado que ha sobrevivido en esta urbe demoleadora de su historia. Algunos historiadores llaman a este logro batiburrillo “eclecticismo moderno”. Durante el siglo XIX las construcciones del parque, o se veían siempre inacabadas por la desidia administrativa, o derruidas por el paso atroz de la soldadesca en guerra. Pero en los años veinte del siglo pasado el parque adquirió otro

› Panorámica del Colegio San Ignacio. S. f.



semblante, que es el que conserva hoy. El templo de San Ignacio se levantó con sus dos torres magníficas, sus tres naves amplias, sus esbeltas columnas y su cúpula en el crucero. Su claustro, de la mano de Goovaerts, tuvo un elegante diseño interior, al tiempo que se construyó la parte que da sobre Girardot y el torreón que serviría de observatorio astronómico. El templo separaba a la sazón las trifulcas que a veces se daban entre los estudiantes de un lado y de otro.

En aquellos años los jesuitas parecían ser las figuras principales del parque. Fueron los dueños del templo, y Francisco de Asís y sus monjes se convirtieron en un eco inaudible. Rigieron el colegio, situado en el lado de Pichincha, que mucho más tarde compraría Comfama para restaurarlo. Y hacia el extremo de Ayacucho, la Universidad de Antioquia se levantó como para ponerles una especie de *tatequieto*, porque con los curas nunca se sabe. Comienzan diciendo que son amigos de la miseria y la humildad, y terminan apoderándose de todo lo que les rodea con ambición desmedida. Eran célebres en la ciudad las batallas que se formaban entre los dos estudiantados, y no valía de nada la presencia del *Agnus Dei* sobre una de las puertas laterales de la iglesia. La cosa se volvió tan preocupante que los jesuitas decidieron habilitar la entrada para los estudiantes por el

› Procesión del Sagrado Corazón de Jesús. 1937.

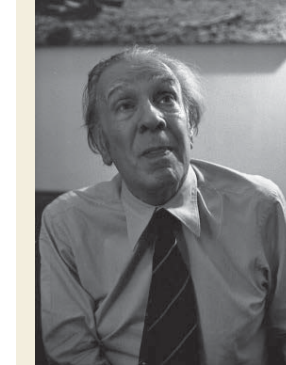


lado de la calle Pichincha, no fuera que esos aprendices belicosos y medio ateos de una universidad republicana contaminaran su redil. Pero sin duda me dejó llevar por la imaginación contemporánea a la hora de suponer grandes diferencias entre un gremio estudiantil y otro. La verdad, y acogiéndonos a lo que dice Alfonso Castro en su novela *El señor Doctor*, buen retrato de la Medellín de esos años, es que todos aquellos que se graduaban, los laicos y los clericales, juraban servirle a Dios y a la Patria con misales o biblias en mano.

6

Hoy el panorama sigue siendo llamativo. El parque que para algunos es una plazoleta, y que antes se llamó San Francisco y José Félix de Restrepo, ahora es un lugar donde confluye una arquitectura variopinta. Está el flanco más importante, ese que ha sido declarado patrimonio nacional, en donde se levantan el Paraninfo de la Universidad de Antioquia, el templo de Loyola y el Claustro de San Ignacio restaurado magníficamente para el solaz de sus beneficiarios. Pero lo demás muestra esa vulgar modernidad típica de Medellín. Un feo edificio de no sé cuántos pisos y una sucesión de casas en las que hay cantinas, centros de salud y locales comerciales. Pasemos todo eso por alto, que bien se lo merece, y que sean

1963



Jorge Luis Borges dictó en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia la conferencia “La poesía y el arrabal”. Al evento asistieron pocas personas, pues el escritor argentino aún era poco conocido en la ciudad. Quince años después, en 1978, Borges regresaría a Medellín invitado por la Biblioteca Pública Piloto y la Alcaldía, y en esa ocasión tendría una gran acogida.

1970



Las dependencias de la Universidad de Antioquia que funcionaban en el Paraninfo se trasladaron a la nueva ciudad universitaria.

1982

Mediante la Resolución 002 del 12 de marzo el Paraninfo de la Universidad de Antioquia fue declarado Monumento Nacional.

1986

Comenzaron los trabajos de restauración del Paraninfo de la



Universidad de Antioquia, realizados con aportes del Instituto Nacional de Vías, la Subdirección de Monumentos Nacionales, la Gobernación de Antioquia, las Empresas Públicas de Medellín, el Banco de la República y la Universidad.

1993

Fue reinaugurada la Plazuela San de Ignacio, luego de un año de trabajos de restauración.

1997

El 30 de mayo, tras doce años de trabajos de restauración, fue entregado el edificio del Paraninfo de la Universidad de Antioquia.



2003-2005

El Claustro de San Ignacio fue adquirido y restaurado por la caja de compensación Comfama.

2004

El 20 de mayo explotó una bomba en el costado norte del Paraninfo de la Universidad de Antioquia. El impacto destruyó las ventanas de madera y quebró los vidrios de casi toda la fachada que da sobre la calle Ayacucho; los muros del Aula Máxima quedaron agrietados, los techos y cielorrasos se desarticularon.

2013

El conjunto arquitectónico, conformado por la Iglesia de San Ignacio de Loyola, el Claustro y el Paraninfo de la Universidad de Antioquia, fue declarado Bien de Interés Cultural de Carácter Nacional.

las personas de la calle las que ocupen nuestra atención. Gentes humildes, con el anonimato pegado a sus caras como una cicatriz, y que son los verdaderos pobladores del parque. Los jugadores de ajedrez manifiestan en sus jugadas, sobre tableros que parecen desechables, una increíble tranquilidad. Se ven tan enteros e inflexibles en la lenta resolución de los jaques que puede suceder otro despelote revolucionario a su lado y ni se darían cuenta. Los vendedores de minutos a celular, desparramados aquí y allá, se identifican con chalecos azules y letreros que muestran la ganga del precio: \$150 el minuto a todos los operadores. Y los vendedores de frutas, amparados con parasoles multicolores, le dan al paisaje un simpático contorno de feria tropical. No sobra el mendigo, atribulado de trashumancia urbana, que se explaya con sus corotos mugrosos al lado del general Santander. Los ancianos vendedores de tinto con sus termos de diversos tamaños me apretujan el corazón con oscuras elucubraciones. No es invención mía, sino un aparato pliegue de nuestra realidad actual. Dónde están, me pregunto, los que cobran vacuna a estos menesterosos del rebusque. Acaso estén aprobando el avance de los alfiles y las torres. O leyendo un folleto de Alcohólicos Anónimos en una de las bancas. O, tal vez, echándoles maíz despreocupadamente a las palomas.

7

Consternado por esta realidad paraestatal, me resta irme a buscar el Metro en la estación San Antonio o Parque Berrío; o hacer una pausa en el recorrido y entrar a la

iglesia o al Paraninfo. La primera está cerrada. No vacilo entonces en ingresar al edificio por su magnífico pórtico de varios vanos. Me sumerjo en la calma amarillo pastel de sus paredes con esa gratitud liviana que provocan siempre los lugares milagrosos. Recorro sus tres patios amplísimos. Paseo los ojos por esa sucesión elegante de puertas, ventanas, capiteles, cornisas, balaustradas y balcones. Me arrebujó en los suntuosos barandales de madera verde. Dejo ir mis dedos por el acabado fino y suave que los artesanos de la Escuela de Artes y Oficios supieron darle a los pasamanos de las escaleras. El edificio está sumido en una atmósfera en la que se levanta un diálogo silencioso y puro entre las partes materiales que lo conforman. Veo el cielo profundamente azul de Medellín desde los pisos superiores, y la visión de las torres del templo de San Ignacio me hace pensar por un instante que el tiempo se ha detenido. En qué época estoy, me pregunto, como perdido y extasiado. En algún momento me viene a los labios el himno de la Universidad de Antioquia, que es más alemán que colombiano, o lo uno y lo otro, y que aprendí en el Liceo Antioqueño cuando pasó de estos muros a las arboledas espléndidas de Robledo. En el primero de los patios hago una pausa y me siento en el centro mismo donde confluyen las platabandas. Y por fin logro olvidarme de todo. De la educación y las guerras, de Comfama y los jesuitas, de Rafael de la Serna y Santander, de las vacunas y las palomas. Y me pongo a contemplar las heliconias que pueblan este pequeño rincón del mundo. ■



› Universidad de Antioquia. S. f.



Iglesia de San Ignacio de Loyola

Si vas a comunicarte con Dios, apaga el celular.

Cartel de entrada

La antigua iglesia de San Francisco se construyó entre 1803 y 1809. Sin embargo, en 1927 pasó a ser el templo de San Ignacio de Loyola; cuarenta años después fue elevado a parroquia.

Respeta

Potajes, cenizas, orín de caballo, sebo derretido y sangre corrieron por el altar y las naves de este templo. Eran años de guerra civil en Colombia y el edificio se había convertido en cuartel, depósito y pesebrera. Se dice que soldados desesperados se suicidaron en las gradas del altar y que en las pilas bautismales se dio de beber a los caballos. Profanación e inmoralidad en la casa de Dios que terminaron con la guerra, pues las autoridades eclesiásticas de Medellín reclamaron la propiedad y la obtuvieron en 1886.

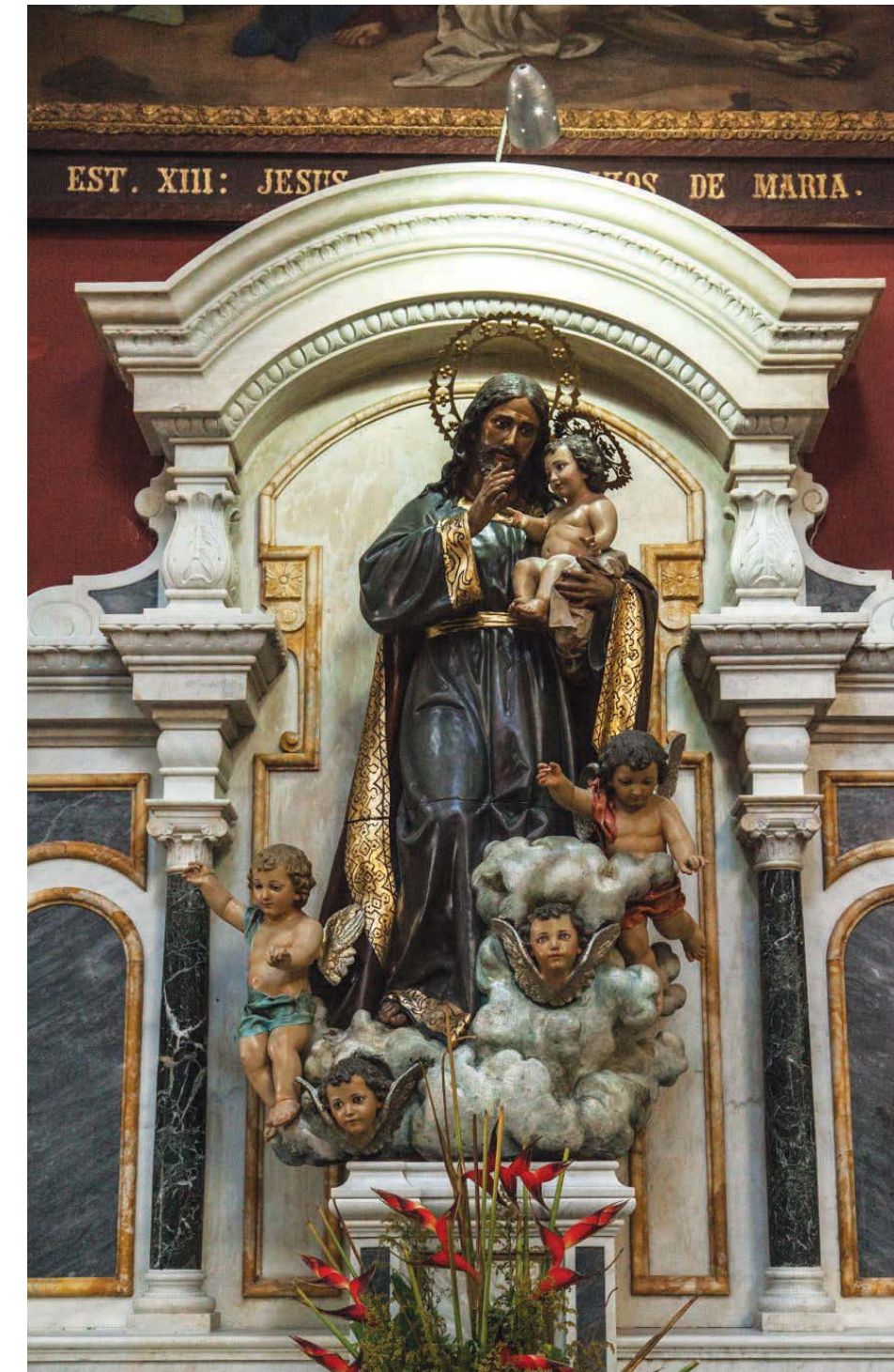
Ese mismo año les fue entregado el templo, construido por los padres franciscanos, a los jesuitas, quienes antes de bendecirlo le aplicaron escoba, estropajo y mucha agua; y cuarenta años después le cambiaron el nombre de San Francisco a San Ignacio.

Escucha, ora y aporta

Para apreciar la parroquia de San Ignacio, en la plazuela del mismo nombre, hay que quedarse en silencio. Como cuando en la noche se oye un ruido extraño y uno abre mucho los ojos para oír mejor. Aun cuando no hay eucaristía, este templo está lleno de sonidos y murmullos. Quizás el más característico es el canto de los loros de la plazuela, que viaja por entre las tres naves, roza los techos y se devuelve cuando choca contra el altar. Al mismo tiempo se elevan las voces de los fervorosos que rezan el rosario en las primeras bancas de la iglesia, gentes que al terminar la misa o antes de ella se unen en el rezo a la Virgen María.

La iglesia de San Ignacio nunca está vacía, y cada una de las 31 misas semanales, veinte de lunes a viernes y once el fin de semana, goza de una asistencia cercana al centenar de fieles, visitantes asiduos y otros esporádicos.

La feligresía proviene de las quince manzanas del barrio Bomboná, y no solo asiste a las misas sino que también participa en los bingos para el mantenimiento del edificio.





Admira

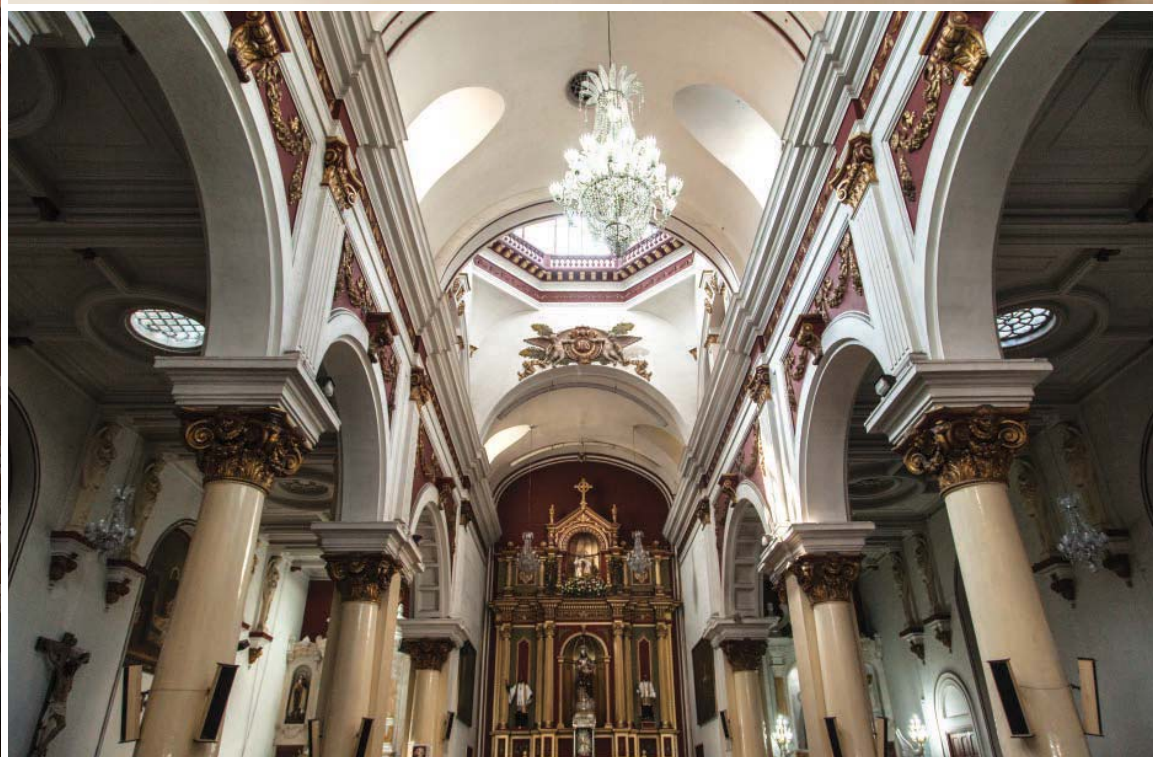
En esta iglesia saltan a la vista el altar mayor dorado y los altares de mármol en las naves laterales. Pero lo que tal vez pasan por alto los cientos de feligreses que día tras día ingresan a ella es su obra pictórica más valiosa: *El Viacrucis*. Los catorce lienzos de 3,5 metros por tres, pintados por el maestro antioqueño Gabriel Montoya en 1905, llamaron la atención por el tamaño, pues en esa época la gente estaba acostumbrada a las imitaciones de óleos de menor proporción traídos de Suiza y Alemania.

Dicen los expertos que estas pinturas son la obra más importante de Montoya, quien ganó la licitación concursando en franca lid con otro grande del arte en Antioquia, el maestro Francisco Antonio Cano.

La iglesia de San Ignacio también tiene figuras destacadas, como la del Sagrado Corazón, la Virgen de la Dolorosa, la Inmaculada, San Pedro Claver, Santa Teresita, el Santo Cristo y El Santo Sepulcro. Pero ante el que más se postran los fieles es San Ignacio de Loyola.



▸ San Ignacio de Loyola, patrono de la iglesia.



▸ Cada mes, los feligreses le dan una mano al patrono para el mantenimiento del templo. En medio de un ambiente de integración, los fieles cantan bingos y binguitos a cambio de veinte mil pesos que incluyen un refrigerio.



Un club a la intemperie

Por JUAN MIGUEL VILLEGAS

A veces, con un simple movimiento, un lustrabotas puede cambiar el mundo. O un pedacito. Un parque, por ejemplo.

Este, la Plazuela San Ignacio, de ningún modo sería el mismo sin la jugada que a finales de los noventa ejecutó un “embellecedor de calzado” llamado Jairo, quien un día, para aliviar un poco el tedio de los ratos muertos, decidió llevar un ajedrez a su puesto de trabajo.

Quienes lo conocieron aseguran que era un apasionado del deporte en el que menos suda un hombre, y que desde entonces “se mantenía así, jugando y embolando”.

Según relatan algunos de los continuadores de su obra, su fiebre ajedrecística se contagió de tablero en tablero. Y si a los pocos días de haber llegado con el primero se vio obligado a traer otro para dar abasto a la demanda, meses después fueron cerca de diez los pequeños escenarios deportivos a su cargo. Decidió entonces alquilarlos por unos pesos a quienes quisieran pasar el rato entrenando las neuronas con 64 casillas y 32 figuras, bajo la sombra de palmeras y árboles.

Jairo ya no está. Fuentes cercanas aseguran que su mujer, vendedora de minutos en la plazuela, decidió no entregar más dinero a ciertos hombres de mal carácter y pólvora fácil, y hace un par de años “les tocó perderse”.

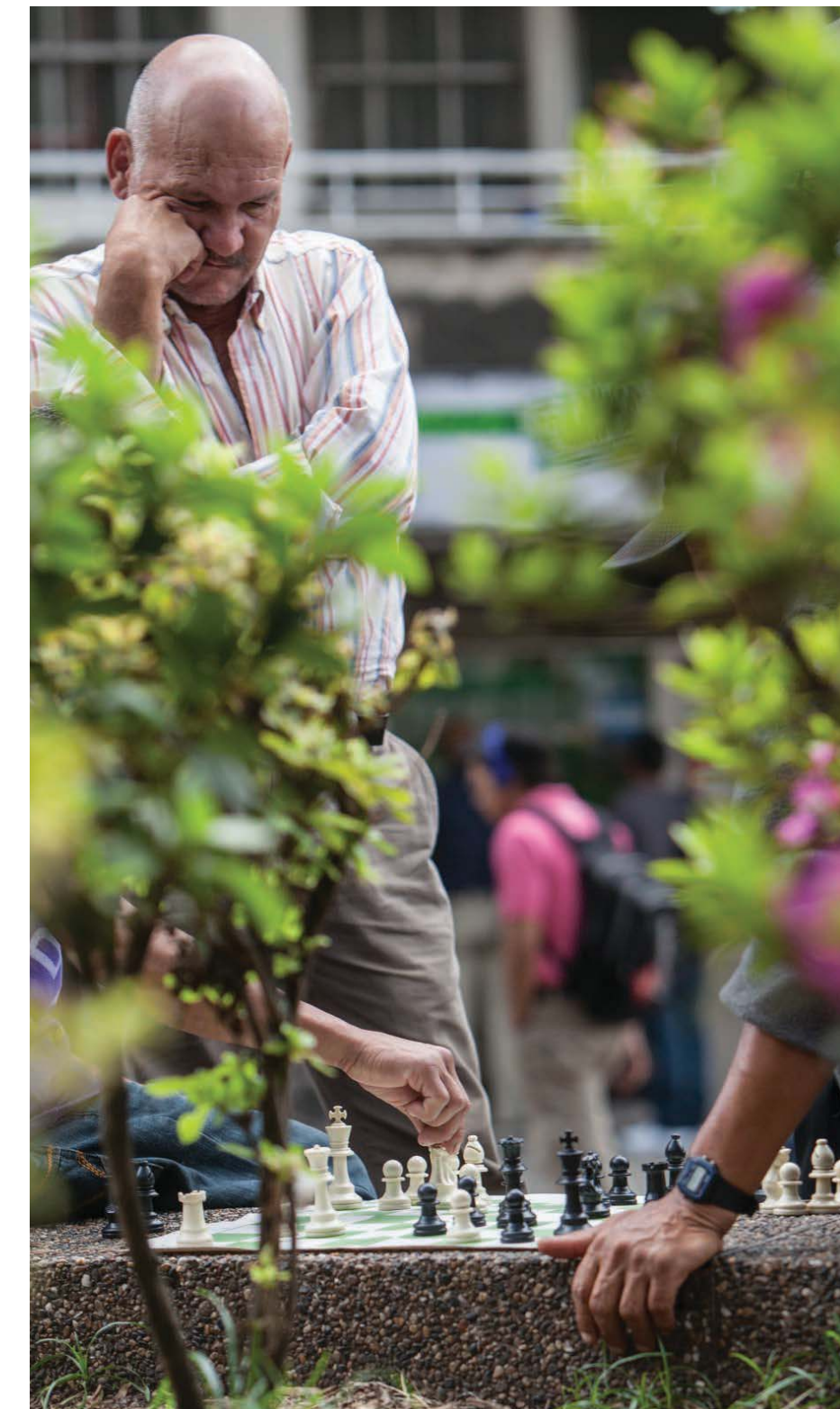
Pero su legado sigue vivo. La Plazuela San Ignacio –antecorral de algunos de los edificios mejor conservados del Centro de Medellín– es la sede de un informal club de ajedrez al aire libre desde hace quince años. Un club excéntrico y a la intemperie, casi tácito, pero club al fin y al cabo. En lugar de mesas tiene los bordes de las jardineras. En vez de directivos y afiliados, tiene fieles y obsesivos. Y a falta de vitrinas con medallas y trofeos, hay memorables maratones de ajedrez y triunfos en torneos metropolitanos. No tienen ni siquiera un nombre... Pero tienen la plazuela, que para efectos prácticos es toda una sede, y se tienen a ellos mismos y a quien se quiera sumar. Y eso parece suficiente.

Hoy es viernes y hace un rato pasaron las ocho de la noche. Hay ruido de motores y pitos en Ayacucho y Pichincha, las dos calles que flanquean la plazuela por sus costados más angostos. Oficinistas, estudiantes y trabajadores atraviesan el parque donde, como en islotes, flota el club.

De las once jardineras que tiene la plazuela, los jugadores suelen tomarse las cuatro o cinco del lado sur. También acostumbran hilar un juego tras otro, sin pausa, como quien prende el siguiente cigarrillo con el que se está terminando de fumar.

Hay silenciosos y habladores. Los que comentan cada movimiento o no pierden la oportunidad de hacer un chiste, y a quienes nada saca de su trance ajedrecero.

Algunos dúos juegan aislados, pero la mayoría conforman pequeños grupos de dos o tres tableros con sus respectivos espectadores, por lo general contendientes en espera de un turno. Últimamente estas aglomeraciones son llamadas por ellos mismos “marraneras” o “chiqueros”.



En la jerga de la calle, el “marrano” es el novato, la presa fácil: jamón tierno para los viejos zorros. Por eso gozan fastidiando así a sus rivales, atizándolos para que demuestren de qué están hechos o para menguarles la moral. Y cada marranera tiene sus capos y sus primíparos.

—¡Qué sería de mí sin mis marranitos! —dice Édison, que se autodenomina “emperador” de sus dominios y trata de “pupilos” a algunos de sus habituales.

—¿Sabe cuál es la historia de este man? —interviene Carlos— Él dice que es un “emperador” del ajedrez, pero nosotros le decimos “reciclador”.

Según él, Édison recoge a quienes expulsan de otros chiqueros “por marranos”.

—Les gana a todos y por la noche llega adonde su mujer: “¡Amor, le gané a diez, voy pa campeón!”.

El aludido, que lo ha escuchado todo, afirma: “puras calumnias de la oposición”.



A este club que para muchos ni siquiera es tal llegan “trabajadores, loquitos, payasos y gente muy tesa”. Vienen de todo Medellín y de municipios cercanos, y “hasta de Australia hubo un jugador, Steven, pero no volvió”. Cuando hablan de quienes han pasado por aquí, enumeran concejales, científicos, líderes indígenas, gerentes, sargentos de policía...

Entre sus miembros frecuentes hay invidentes como Jorge, que “con las manos arma el ajedrez en su cabeza, palpando las fichas”, y mudos que cuando ganan emiten fonemas de alegría.

Sacan pecho contando que les han ganado a campeones de “La Liga” en simultáneas de ajedrez. Que han devuelto con el rabo entre las patas a jugadores “élite”. Que algunos han venido “encubiertos” y cuando los descubren se van y no vuelven. Y que otros llegan con ganas de apostar

“entonces uno los asienta”. “¡Y así y todo hay gente que se atreve a decir que aquí no hay nivel!”.

Aunque se recuerdan apuestas de hasta 200 mil pesos, en la rutina, cuando las hay, suelen ser de mil o dos mil. Ha habido quienes apuestan el tablero, el reloj, el celular. “Pero lo mejor es jugar sin apostar”.

Los tableros “profesionales” son de lona delgada, enrollables, con casillas bien estampadas, verdes y blancas. Las columnas van marcadas del 1 al 8, y las filas de la A a la H. Los que no cumplen estos requisitos se consideran chiviados o de segunda clase.

Se juega todos los días, desde la mitad de la mañana hasta pasada la media noche, según el tiempo disponible, los ánimos o el clima. Los domingos y festivos no faltan dos o tres tableros, y entre semana puede haber diez, quince o más. Hasta hace algunos meses la policía expulsaba a todo el mundo del parque a las diez u once de la noche, pero ahora dejan tranquilos a los ajedrecistas y varios miembros de la fuerza pública juegan cuando están en vacaciones o en días de descanso.

Lo que más los enorgullece son las maratones que han jugado algunos de sus miembros. “Una vez hubo un récord que ojalá hubiéramos filmado. Estuvieron tres días seguidos sin parar, a punta de tinto y cigarrillo”. “Eso pasaba uno pal trabajo y ellos ahí”.

“Eso fue viernes, sábado y domingo”, precisa Benjamín Gil, ‘Mincho’, uno de los titanes implicados. Tiene 52 años y vive con su madre, a quien aún le avisa cuando se va a quedar hasta tarde. “Es que a uno se le va el sueño cuando está jugando. El ajedrez es como... un estimulante”. Dicen que es “el que abre y cierra el parque”, “el que maneja las llaves de esto acá”.

Oswaldo López también hizo parte del récord, y declara con tranquilidad no haber dormido esos tres días. Ingeniero civil y ex campeón de ajedrez del Oriente antioqueño, recuerda que cuando le llegaba el hambre mandaba a traer “unos frijoles que venden allí cerquita” y se los comía “al pie del tablero, sin parar de jugar”.

“No es algo planeado, eso se va yendo”. Son cadenas de revanchas que de pronto son tres días. “Se puede con más, pero ya es demasiado”, dice Oswaldo, autor de una temible jugada con sello propio: “La Oswaldiña”, que consiste en enviar al frente una carnada tentadora para un peón rival —un caballo, un alfil o una torre, según el contrincante— para “romperle el juego” al otro cuando está muy encerrado.

A veces organizan sus propios torneos. Como los que monta Juan Diego, un bailarín profesional de 34 años que de niño tenía dos pasiones: el baile y el ajedrez. “Pero tuve que decidirme por uno de los dos”, se lamenta, y cuenta que una noche, hace seis años, después de una presentación de tango en el bar Homero Manzi, se topó con el club y desde entonces no ha dejado de visitarlo. “Si uno no viene baja de nivel”.

Los desvela el juego, experimentan su propia versión del síndrome de abstinencia y le dedican todo el tiempo que pueden. “Es que aquí se pasa

muy bueno. Cómo va a ser mejor ir a beberse la platica que sentarse aquí a que se le olviden a uno todos los problemas”, dice Mincho.

“Aquí la mayoría son muy sanos”. “Los que beben, no beben jugando, o si mucho un traguito o dos”. “No se puede jugar bebiendo”.

“El ajedrecista de verdad no tiene novia, no tiene esposa, no tiene hijos”, asevera Oswaldo. O es “muy descuidado con la familia, con la mujer. Pero no bebedor ni degenerado”.

“Le voy a contar una infidencia: cuando mi mujer me dice ‘veámonos hoy’, a mí hasta me da pereza. Y si nos vemos, soy mirando el reloj porque no veo la hora de volver a jugar”, revela Édison.

“La novia del ajedrecista es Caissa, la diosa de los jugadores de ajedrez”. Lo dice Bibian, un electricista de 48 años, actual campeón de Ajedrez al Parque en Medellín, capaz de discurrir durante horas sobre el papel de los bancos en la Segunda Guerra Mundial o el significado esotérico de cada una de las piezas del juego.

Por estos días no se ven mujeres ante un tablero. Pero las ha habido. Hace poco estuvo viniendo “una niña de la Universidad Nacional”. “Bonita. Se defendía. Pero tal vez se aburrió porque todo el mundo quería jugar con ella”.

Lo cierto es que el ambiente las espanta, reconocen. Los alcohólicos que rondan, el ambiente callejero. “Es que uno aquí pierde puntos”, dice Oswaldo, a quien alguna vez su mamá le hizo un escándalo en el parque: “¡No te quiero ver aquí!”, le gritó. “Mamá, ¿pero qué estoy haciendo de malo?”, le respondió él. Y aquí sigue todavía.

Sueñan con tener un club bien presentado. “Ojalá nos organizaran esto con mesas, que lo pusieran bien bueno y erradicaran las ratas de las jardineras”. Ese día no parece estar cerca. Y por ahora seguirán jugando de medio lado, obligados a intercambiar puestos frente al tablero para descansar caderas y cintura después de varias rondas.

Esto es lo que tienen. “Nos conocemos entre nosotros y hay una camaradería muy grande, y esa es la principal característica de un club”, reflexiona Gilberto Tamayo, un conocedor de la historia del juego, con nombres propios, fechas y partidas memorables. “Tenemos una afición casi enfermiza, muy desmedida por el juego. Y casi todos, como personas, diez puntos”. Las reglas aquí son tácitas, explica, pero si de escribirlas se tratara, serían “las mismas del ajedrez: compostura cuando se juega y un respeto profundo por el adversario”.

Por eso huyen como de una plaga de los malos perdedores. Esos que cuando no ganan “se vuelven enemigos”, se descomponen, insultan. Porque si no es para ser amigos no vale la pena sentarse.

A veces llueve, como ahora, y la tropa se dispersa. Algunos se van y no vuelven. Pero otros simplemente cruzan la calle, se sientan bajo cualquier alero y siguen en lo que iban. Tal vez un juego más. O, si las cosas se van dando, el principio de otra maratón.

■



Visita a San Ignacio

Por IGNACIO PIEDRAHÍTA



La tranquila mañana de lunes se ve de pronto alborotada por un puñado de borrachos. Vienen por el lado de Pichincha, una callecita por donde baja una traicionera peregrinación de colectivos y taxis “bolita”, que por lo muda y vertiginosa es un peligro para los peatones distraídos. Entre los borrachos hay una mujer que le está contando la historia de su vida a uno de los hombres que la acompañan. “Póngame pues cuidado”, protesta ella cuando él se distrae para destapar de nuevo la botella, sin marcas ni distintivos, a medio llenar de un licor cuya transparencia es su mayor signo de aspereza.

Como San Ignacio es apenas una plazuela –un rectángulo que no pasa de los ochenta metros que tiene una cuadra por unos veinte de ancho–, los borrachos capturan la atención de medio parque y, por lo tanto, de la policía. Casualmente, en ese momento hay siete carros de la institución parqueados a lo largo del costado occidental, en Niquitao, una carrera más bien tranquila donde se levantan cuatro edificios residenciales de dos pisos y un par de casas antiguas que se usan como clínica. En los bajos de los edificios funciona una fonda –cerrada a esa hora–, una clínica dental, un parqueadero de motos y una sucursal de apuestas; completan la lista un punto de arreglo de teléfonos celulares, una oficina de correo, tres pastelerías y una prendería.

Al ver que el alboroto es producto del alcohol, y que es una de las mujeres la que grita, poseída por el delirio, los agentes bajan la guardia. Mientras tanto, los borrachos se desplazan desde la enorme ceiba que se levanta en el extremo sur del parque hasta las dos cabinas azules de baños públicos instaladas en la esquina. En esa ceiba centenaria vivió hasta hace un par de años una ardilla que fue mascota pública. Con un árbol de semejante ramaje, tenía un pequeño país para ella sola. Se tomó el palomar como casa, y la comida se la traía la gente a todas horas. Un día, una de esas personas que ven en el reino animal la oportunidad de remediar sus propios males le llevó la parejita. No hubo entendimiento, y un día la ardilla de siempre apareció muerta en el piso. Dicen que la otra la aventó desde una de las ramas más altas.

La mujer ebria, que es delgada y no tiene mala figura, se rasga la garganta para terminar cada una de sus frases. Es inevitable no prestar atención a lo que dice, porque quiere decírselo al mundo entero.

–Siete añitos... –se lamenta.

–Por lo menos queda la culpa –sentencia el hombre que la escucha.

–Un chorrito –le pide la mujer a su compañera, que justo sale de los baños.

–Me está contando que a los siete años la violaron –explica con claridad meridiana el hombre a la recién llegada, para ponerla al corriente.

–Me dice el hijueputa –continúa la mujer–. “Si usted le dice a Gloria, yo la mato”. Y se viene adelante con el balde de maíz que yo lavé para hacer las arepas, yo... con los cuquitos manchados de sangre.

Ante semejante crónica personal, no solo a mí se me vinagra el estómago. Más de uno voltea la cabeza para otro lado, como queriendo abarcar el parque con la mirada, lo cual es posible porque San Ignacio es apenas un lotecito adoquinado –alargado de norte a sur como el río, como la ciudad entera–, cuyos límites son las calles Ayacucho y Pichincha. Por la primera sube una estrepitosa fila de buses –de La Milagrosa, de Buenos Aires, de Cerros de Quinta Linda, de Sucre Boston–, que batalla por recoger pasajeros en los escasos veinte metros laterales del parque para llevarlos aguas arriba de la quebrada Santa Elena. Es justo en ese paradero donde está la otra ceiba centenaria, que de sol a sol recibe arrobadas de dióxido de carbono, un alimento que seguramente no necesita en semejante cantidad.

Las dos ceibas enmarcan a su vez el costado histórico del parque, donde se levantan tres construcciones patrimoniales: el edificio, la iglesia y el claustro de San Ignacio. El primero –amarillos y grises los muros, verdes las ventanas– alberga el Paraninfo de la Universidad de Antioquia; en la mitad está el templo de San Ignacio de Loyola, de puertas rojizas y ladrillo gris; y, a la derecha, el claustro –revocado y pintado de gris– donde funcionó el Colegio San Ignacio, luego las oficinas y habitaciones de padres jesuitas, y actualmente la sede central de Comfama. A esta hora del final de la mañana, un piñón de oreja cuyas ramas llegan casi hasta las cruces de hierro que coronan las torres de la iglesia derrama su sombra sobre los viejos muros.

La Plazuela San Ignacio se llamó en un principio San Francisco, porque fueron los frailes franciscanos quienes iniciaron las obras del conjunto de los edificios históricos. En la novela de Alfonso Cano *El señor doctor*, publicada a principios del siglo XX, el personaje pasa por allí y asiste a unos grados en la Universidad de Antioquia: “Cuando menos pensé, llegó a la Plazuela de San Francisco, donde había varios coches estacionados. En la

puerta de la universidad, guardada por dos agentes, un grupo de muchachos curiosos pugnaba por entrar. Tratábase de un grado, y como nunca había visto aquello, pidió permiso para presenciarlo y le fue concedido. Con todas las horas sobrantes, bien podía darse el lujo de un espectáculo gratis. Había logrado olvidar por un momento sus penas...”

Quitando el ruido de los buses y los vendedores de minutos de celular, el episodio del muchacho de la novela podría ocurrir en nuestros días. Los viejos que hoy hacen carrizo y rumian caja de dientes en las bancas del parque no harían mucha diferencia con los de aquel tiempo. Podríamos bajarle el ruedo al uniforme de las estudiantes que caminan por allí, y las haríamos pasar por bachilleres de la época. Y los jóvenes del colegio militar podrían ser utilizados como soldados de los ejércitos que en el siglo XIX se tomaban la sede de la Universidad para utilizarla como cuartel o prisión.

Esa es la película silente y amodorrada que se agradece a esta hora en medio del bullicio del Centro. Sin duda, un buen momento para bostezar y recibir el bajón de la borrachera, dirían los alcohólicos, que ahora duermen la tusa a los pies del busto de Marceliano Vélez.

II

Una herradura de tenderetes rodea San Ignacio el jueves en la tarde. Es una feria de artesanías que le agrega un poco de sándalo y cuero repujado al ambiente del parque. Mientras tanto, los últimos rayos de sol golpean la parte baja de los tres edificios pa-

trimoniales. Entre las personas que pasan, las que venden y las que están sentadas en las bancas y sardineles que enmarcan los jardines, el lugar muestra una graciosa vida. No es que el parque esté atiborrado, al contrario, siempre se puede hallar un lugar para sentarse o para quedarse de pie sin sentirse acosado. Además, a esa primera hora del crepúsculo hay una muestra de culta diversión. Junto a la estatua del general Santander, en todo el centro de la plaza, se presenta una obra de teatro. Un hombre y una mujer de edad madura interpretan una pieza de humor cotidiano. El público, que atiende desde sus asientos de concreto, se deja arrancar risitas y hasta carcajadas. Los que más gozan son las parejas que se han puesto cita en el parque, pues la temática de las relaciones matrimoniales

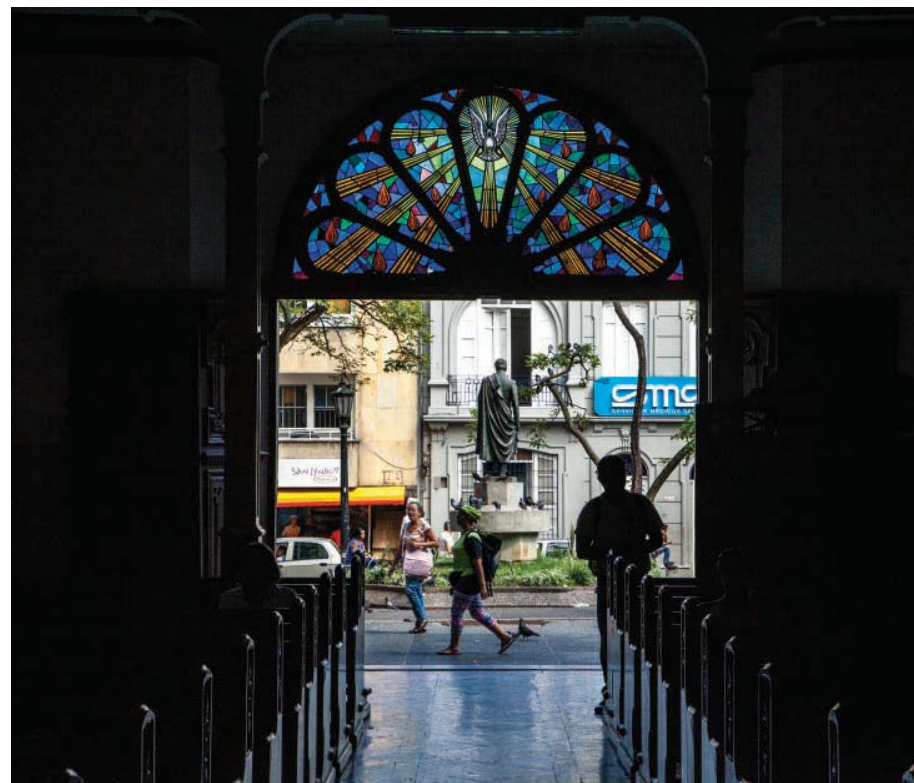
es de alguna manera la simpática e impensable contracara de su amor en ciernes. Mientras esto sucede, se abren las tres puertas de la iglesia. El sacristán –camiseta de cuello pulcramente metida entre el pantalón, peinado de lado, zapatillas deportivas blancas–, sonríe dando a entender que reconoce a los actores callejeros, y se queda apoyado en uno de los laterales tratando de atrapar al vuelo algún parlamento.

Entre tanto, en el costado del parque que da sobre Ayacucho, los buses están en su momento álgido. Como si no hubiera ya bastante confusión, un policía detiene una de las decenas de motocicletas que zigzaguean calle arriba y espera que le confirmen las señas del conductor por el radioteléfono. Un niño en uniforme de colegio, de esos que por su contextura y pícara mirada uno adivina demasiado audaz para su edad –probablemente escapado a la penúltima hora de la jornada de la tarde–, se cuelga del manubrio de la motocicleta esperando la resolución del episodio.

La obra de teatro termina con la mujer persiguiendo al marido, machete en alto, por todo el parque, y una carcajada general da paso al aplauso final. Los actores se inclinan ante el reconocimiento del auditorio. El hombre que hacía de marido se sienta junto a sus bártulos y comienza a desmaquillarse, mientras la mujer pasa recolectando en un sombrero la contribución del público. En ese instante, después de una respetuosa espera, una mujer de falda hasta los tobillos se apodera del centro de atención. Predica, con un megáfono, “la palabra de

Dios”. Otras dos mujeres que la acompañan reparten propaganda de la iglesia a la que pertenecen, al tiempo que ella da un ultimátum general: “todos le tenemos que rendir cuentas a Dios”, dice. “Los mentirosos, los borrachos, los adúlteros y los afeminados, ¡conviértanse!”

Además del movimiento vespertino del parque, nutrido de parejas de enamorados, hay, como siempre, una gran cantidad de hombres y mujeres viejos sentados en las bancas y sardineles. Los pericos revolotean bulliciosos en las copas de los árboles, mientras las palomas se espulgan por turnos sobre la cabeza de Santander. La penumbra que sigue a la caída del sol se ve acentuada por tres tipos de luces: la amarilla de los viejos faroles, las blancas del interior de la iglesia, y dos pares de lámparas verdes y moradas





que iluminan la universidad y el viejo claustro. Esa composición de claroscuros hace que los habituales de San Ignacio se atrevan más a la conversación y al juego, y menos a mirar en silencio la gente que pasa.

En los bajos escalonados del busto del doctor Vélez un grupo de hombres habla sobre los secretos del éxito en los negocios de comidas. Uno de ellos analiza las pizzerías de la ciudad, con la autoridad que le concede el haber trabajado cinco años en Piccolo. La conclusión, como es de esperarse, es que solo él sabe cómo hacer una buena pizza. Montaría un negocio y seguramente triunfaría, pero no tiene “plante”. Entonces, uno de sus compañeros de conversa le sale al paso y se ofrece como socio capitalista.

—Sin embargo —responde el pizzero—, no se puede.

—¿Por qué no?

—Necesitaría un asistente.

—No hay problema, ¿qué tal el Jimmy?

—No califica, es muy desesperado.

—Coja entonces a un sobrino mío que está sin trabajo.

—¿Un sobrino? Está bien, yo le enseño para que ponga el negocio.

—No es para que le enseñe a él, es para que trabajen los dos...

Acorralado, el pizzero en retiro sabe que es el momento de mostrar carácter:

—Entonces está hecho, yo me le meto, yo me le meto —repite, confiado en que al alzar la voz podrá disimular su falta de decisión.

El otro, que no esperaba esa respuesta, dice:

—Déjeme yo arreglo unas platas que me deben y comenzamos.

—Trato hecho —dice el pizzero—. Arregle primero sus platas y me avisa.

Uno de los sardineles ha sido tomado por jugadores de ajedrez. Hay cinco tableros plegables extendidos sobre el muro de granito que sirve de mesa y de asiento. En una de las partidas un hombre moreno se enfrenta al que se considera el más flojo de los contendores. El moreno narra sus movidas, se pavonea, mientras los espectadores hacen chistes y advierten una muerte fija para el primer retador de la noche. Sin embargo, este se defiende con las uñas y dilata el mate hasta la última agonía en un tablero ya desierto de fichas.

Los “marranos”, como ellos dicen, son pocos, y está bien establecido el *ranking* que todos saben de memoria. Mientras juegan o ven jugar, utilizan su inteligencia para desvariar. “Yo tengo más técnica que usted”,

dice uno. “¿Técnicas Americanas de Estudio?”, replica el otro, y el resto del corrillo se muere de la risa. Con cada comentario parecen celebrar el hecho de ser parte de un grupo de almas que comparten una habilidad.

Entre los ajedrecistas hay todo tipo de personas que destacan en sus propios campos y oficios. Algunos llevan corbata, otros son simples estudiantes. Alguien que tenía su oficina cerca de allí conseguía por intermedio de un Capablanca electricista los trabajadores que necesitaba: un Bobbie Fisher maestro de obra, un Karpov cerrajero, un Kasparov plomero, y, en general, un esporádico aunque solícito personal que acostumbraba incluso responder en lugar de los otros.

Comienza la misa de seis y media y al fondo alcanza a escucharse el coro de la iglesia; riñe con la música de la fonda de la esquina, que funciona como karaoke. El animador del local canta una canción, con la dudosa intención de que su hiriente destemple demuestre que cualquiera puede tomar el micrófono. Yo me quedo, sin embargo, con el rumor de las hojas de una de las altas palmeras reales que se eleva frente a la iglesia. El viento susurra arriba por un rato, pero más tarde baja y levanta en remolinos los papeles que han caído al piso durante el día, haciendo que los que están en el parque a esa hora tengan que entrecerrar los ojos a un mismo tiempo, el tiempo indefinido de la Plazuela San Ignacio.

III

La noche del viernes comienza con un pequeño escándalo. Dos policías arrastran a un hombre que no es capaz de sostenerse. Una gran mancha en la parte trasera del pantalón del andrajoso personaje dice que ha llegado al límite de la incontinencia.

—Y eso que no está por ahí ‘Care Marrano’ —dice una mujer, mirando a lado y lado desde la banca donde está sentada.

Care Marrano es un policía al que todos los alcohólicos le temen. Tiene con ellos una pelea personal. La leyenda dice que si los ve sacándole monedas a alguno de los teléfonos públicos, se las quita y las lleva como donación a la iglesia.

La mujer, que vende tintos, está de acuerdo con que saquen a los borrachos cuando llegan al extremo de “hacerse” en los pantalones, porque nadie se aguanta el hedor. Los alcohólicos son, sin embargo, una marca nocturna del parque. Trastabillando y brindando, cogiéndose por la nuca y yendo de aquí para allá, le dan la vuelta a la estatua central de Francisco de Paula Santander. Entre ellos distingo a la mujer que unos días atrás contaba lo más amargo de su vida. Ahora canta estribillos de música tropical que atrapa de la fonda y marca con su mundana flacura algunos pasos de baile.

Si bien en el día se ven pocas familias, a las nueve de la noche el parque es más familiar que nunca. Las vendedoras de tinto y otras especies reciben a esa hora a sus hijos, quienes esperan jugando o bostezando mientras ellas recogen. Algunos vecinos sacan sus perros de paseo, y de los segundos pisos de los edificios bajan canastas atadas con cabuya que



los últimos vendedores de papas fritas y obleas saben interpretar como religiosos domicilios.

El parque se va vaciando conforme llega la noche. Parejas de enamorados pasan de los picos a los besos, y algunas citas socráticas se concertan con discreción. Alguien dice que la falta de esta última virtud les valió a las “lesbianas” de una conocida institución vecina que la fuerza pública las saca del perímetro de San Ignacio.

Si bien una mujer que frecuenta el parque desde hace casi diez años dice que la seguridad está controlada, una chica que trabaja cerca habla de una banda de atracadores que usa el abrazo como técnica y el chuzón como marca registrada. Otros dicen que en el parque nada pasa, pero que no responden por ciertas calles aledañas. También es secreto a voces que chaceros y minutereros pagan vacuna para poder trabajar. Más o menos la historia de cualquier lugar de la ciudad, donde el que nada tiene —sino mezquindad en la sangre— le quita al que tiene menos.

A esta hora las dos casetas azules de los baños públicos están cerradas. Una de las leyendas del parque cuenta que allí murió un punkero. Entró por sus propios medios pero salió en brazos de los funcionarios públicos que hicieron el levantamiento. Envuelto como un tabaco, la gente recuerda su cuerpo flaco y largo, larguísimo, como nunca habían visto.

Se oye, desde diferentes direcciones, la caída escandalosa de las persianas metálicas. Casi todos los negocios del lado residencial del parque están cerrados. Solo funcionan la mencionada fonda y el parqueadero de motos. Las puertas de la iglesia están bien trancadas por dentro, y los edificios vecinos, universidad y claustro, dejan salir gota a gota a sus últimos empleados. Los buses que suben por Ayacucho ya no son tantos, y los taxis y colectivos de Pichincha también disminuyen. Los corrillos del parque se van desgranando y se oyen despedidas. Una llovizna comienza a caer y moja las secas bifloras que rodean los bustos conmemorativos, mientras personajes de costal revuelven con paciencia los basureros públicos.



Edificio escuela

Por GLORIA ESTRADA

Se pasan la mañana tomando el sol plácidamente, sintiendo el viento fresco sobre sus cuerpos, acompañadas por sus parejas que les hacen cariños en la cabeza. No sufren de estrés porque no tienen que enviar hijos a la escuela ni hacer filas en el banco, y mucho menos salir a buscar el pan de cada día: en cualquier momento doña Elvia, la generosa Elvia de falda larga y pelo corto, llega desde Caicedo con su coca de arroz cocido que esparce como semillas en el parque. Y ellas, sedentarias y acomodadas, comen y hacen siesta y digestión en los techos del edificio de San Ignacio, más conocido como Paraninfo.

Lo que convierte a las palomas en el enemigo público número uno de este edificio es que son centenares y que no solo viven su idilio en los techos sino que también cagan y empollan. Estiércol que corroe canoas y columnas, y huevos que los gallinazos buscan sin descanso destrozando las tejas y el armazón. Una guerra sin cuartel contra la integridad de un edificio bicentenario en el que se han invertido tres mil 700 millones de pesos a lo largo de casi veinte años de restauración.

Pero a pesar del daño que provocan en forma de goteras y humedades cuya reparación le cuesta hasta seis millones de pesos anuales a la administración, el Paraninfo siempre luce como nuevo. Jardines, puertas, ventanales y oficinas son una muestra de la entereza de la que carecía en 1987, cuando los hongos se explayaban por todas partes y era evidente el deterioro de pisos, entresijos, muros, estructura y ornamentación.

El diagnóstico lo hizo en ese momento un grupo de arquitectos —encabezado por Clemencia Wolff Idárraga— que se interesó por la restauración de ese pedacito de historia que le quedaba a Medellín, y a partir de su declaratoria como

Monumento Nacional en 1982 se dieron a la tarea de convencer a todo el mundo de recuperarlo.

Para eso se metieron la mano al bolsillo varias empresas públicas y privadas, y hasta profesores vinculados a la Universidad de Antioquia que donaron parte de sus salarios. La obra implicó intervenciones en corredores, aulas y balcones; el entresijo se actualizó con sismorresistencia, y a las paredes se les descubrió el ocre original después de meses de es-carbar capas y capas de pintura que pasaron por tonalidades de gris, beige, café.

A manera de recompensa, en la remoción los restauradores encontraron una piedra conmemorativa de 1821 y, en la torre de madera que se levanta sobre el frontis, un documento para anotar información sobre el estado del tiempo, lo que hace creer que el sitio fue usado como observatorio meteorológico.

Como toda restauración que se respete, la del Paraninfo sufrió parálisis y tropiezos, falta de plata y aplazamientos, pero pudo entregarse una primera fase en 1997 y el trabajo final en 2004. Una joya recuperada que ocupan hoy, en horario de oficina, 120 personas vinculadas a la emisora de la Universidad de Antioquia, la librería universitaria y una decena de despachos institucionales.

En el Paraninfo nació, creció y empezó a reproducirse la Universidad de Antioquia. A partir de la primera piedra, en agosto de 1803, el Colegio San Francisco inició la formación de quienes serían los primeros ingenieros y abogados de la provincia. Allí se dictaron clases de gramática, filosofía y religión, esta última en cantidad superior en tiempos de un conservadurismo recalcitrante del que la universidad empezó a escaparse, por fortuna, con la llegada de los librepensadores a mediados del siglo XIX. La formación religiosa era tan importante que los maestros hacían examen de conciencia a sus estudiantes para establecer si debían confesarse o si podían recibir la comunión sin pasar por el confesionario.

La religión fue perdiendo peso y los cursos se diversificaron, al igual que los estudiantes. En los años de ritmo académico continuo en el Paraninfo se llegaron a oír las voces de los aprendices de inglés, lógica, matemáticas, economía, geografía, cosmografía, física y mecánica. También empezaron a llegar mujeres y negros sedientos de conocimiento que hasta entonces no habían sido considerados aptos para la educación superior.

A lo largo del siglo XIX, y todavía a comienzos del XX, el Paraninfo tuvo periodos de cierre por años, y llegó a acoger soldados y pertrechos que se apoderaron de pasillos y salones durante las guerras de independencia y las luchas civiles de la joven república. En una de esas fue que se vieron truncados los estudios de leyes de Tomás Carrasquilla, que apenas alcanzó a asistir a clases un año porque al siguiente, 1877, el edificio cerró sus puertas.

Dicen los entendidos que los años dorados de la Universidad y del edificio comenzaron en 1913 con la llegada del rector Miguel María Calle, quien promovió y gestionó la primera restauración tras el deterioro producido por tanto agite, abandono y ocupaciones.



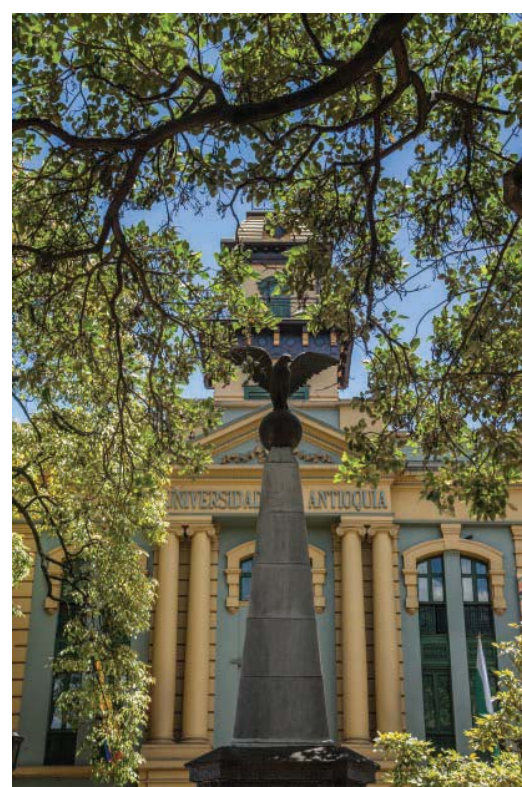


Los planos y la ejecución le fueron encomendados ese mismo año al arquitecto Horacio Rodríguez (hermano de Melitón, el fotógrafo), que no descansó hasta entregar el edificio decorado en 1921. Con este proyecto no solo se logró la reconstrucción, sino también la solución de problemas de humedad ocasionados por la quebrada La Palencia que le pasa por debajo. Además se construyó el Aula Máxima, o Paraninfo, que acabaría por darle nombre e identidad al edificio. “Este hermoso paraninfo, que si no tiene el lujo de las grandes universidades europeas, al menos es un lugar en el que podemos recibir a intelectuales de otras partes”, fueron las palabras del rector Calle en la inauguración.

Esta restauración fue la excusa perfecta para dotar el edificio de servicios sanitarios modernos y de, “al parecer por primera vez en Colombia, un gimnasio para ejercicios físicos, según el estilo de la Universidad de Filadelfia”, como contó el médico Juan Bautista Montoya y Flórez en una reseña posterior. Estos años de gloria también se vieron reflejados en la compra de nuevo mobiliario traído directamente de Nueva York, “para reemplazar los pupitres viejos, sucios y desvencijados”.

La Universidad abandonó el Paraninfo en 1970, cuando se fue a estrenar la ciudadela actual, aún sin terminar. En el Paraninfo quedaron algunas oficinas, la emisora y los estudiantes del bachillerato nocturno. Pero la emisora fue la única que permaneció durante la larga restauración de los años noventa, y casi al final de las obras la trasladaron de manera temporal a una casa en el barrio Prado.

Ayacucho por el norte y Girardot por el oriente son las calles que rodean al edificio.



Centenares de buses transitan por ellas todo el día y parte de la noche, y dejan a sus puertas –más ahora que estrena portería por Girardot– a miles de transeúntes y habitantes del Centro. Y aunque no miren su polvorienta fachada, saben que es el Paraninfo el que está ahí.

Adentro, en un ambiente más silencioso y fresco, los funcionarios comparten espacio con los usuarios esporádicos de las aulas, los fieles asistentes a cine cada ocho días, y los universitarios que se gradúan cada semestre en el Aula Máxima y llenan las 350 sillas con sus familiares y amigos.

La cafetería, en cambio, permanece desolada. Desde que se fue su último arrendatario, en el año 2010, está cerrada. El rumor es que los tres restaurantes que han abierto allí desde la última restauración quebraron, y a juzgar por las palabras del administrador del edificio, Héctor Puerta, es cierto: “estamos tratando de bajar el canon de arrendamiento”.

Desde el segundo o tercer piso puede verse *El flautista* de Rodrigo Arenas Betancur. Tan incómodo que parece, pero así y todo se da el lujo de no haber sido ensuciado por las palomas. Porque ellas no bajan, al menos no con frecuencia ni en bandada, al primer piso del Paraninfo. No, ellas están allá arriba en el tejado, acicalándose, disfrutando el viento suave que baja de las montañas hasta el Valle de Aburrá.

Afuera, un muchacho andrajoso espera sentado al pie de una de las puertas selladas del Paraninfo. Él sabe que apenas Elvia, la buena Elvia, acabe de sembrar arroz en la Plazuela San Ignacio, le va a entregar la coca para que la desocupe toda.

■

Viñeta x10





Piñón de oreja, *Enterolobium cyclocarpum*
Familia *Fabaceae* (Subfamilia *Mimosoidae*)

Originario de Centroamérica y el norte de América del Sur



Jueves 1 de agosto de 2013, 9:20 a.m.

Es una mañana fresca. Dos viejos, cada uno con un vasito de tinto en la mano, conversan en una banca frente al despacho parroquial. No se miran fijamente ni se tocan. Es como si le hablaran a la gente que pasa.

–Y apenas se muera...

–Ah no, apenas me muera ya pa qué. Ellos, ellos son los que deberían hacer estas vueltas. Uno ciego, sordo, que no anda bien, por aquí en la calle, y ellos en la casa haciendo nada.

–Mmm... El yerno mío sí me ayuda con esas vueltas, oiga.

–¿Cuál? ¿El esposo de la veterinaria?

–La bacterióloga... Sí, lo que pasa es que ahora está trabajando mucho, pero ese sí me colabora.

–¿Y el hijo suyo que está en Panamá sí llama de vez en cuando?

–Sí, él llama a la mamá... Ese es un avioneto. Vendió todo lo que tenía y arrancó para allá.



Verde de todos los colores

Por LÍDERMAN VÁSQUEZ

Cuando la gripa te sitiaba y el cuerpo era una ciudad a punto de rendirse, hacía su aparición el agua tibia del matarratón, agua verde, preparada con las hojas de ese árbol bendito. Después del baño todo era distinto y, por lo general, el malestar remitía. En los días de canícula, si caminabas largas distancias, debías poner hojas de matarratón en el interior del sombrero y la jornada se hacía menos ardua.

Vi hachas derrotadas por el tronco indómito, hachas que terminaban con el filo mellado. Los barcos que viajaban hasta las islas de San Blas, en Panamá, los mismos que remontaban el Atrato para abastecer los almacenes de los pueblos costeros con artículos de primera necesidad y regresaban llenos de coco o de madera, tenían las cuadernas hechas con el tronco del matarratón.

En la época del año en que florece, las muchachas que se han vuelto pintonas como los mangos en cosecha no quieren saber ya nada del estudio, solo sueñan con ser rozadas, hurgadas, comidas, conjugadas... La floración de este árbol, cuyas hojas son alimento para el ganado y abono para la tierra, en el imaginario del campesino costeño está muy ligada a esa otra floración.

De todos los árboles del mundo el matarratón ocupa un lugar especial en mi recuerdo. Mi madre, mi abuela, mi abuelo, la señora Aura, don Silvestre, seres que ya no están, y algunos que están todavía, vienen, cuando los evoco, enredados en la fragancia de este árbol mitológico.

Al cambiar la geografía, cambian el clima, el dialecto, la piel, los nombres, las costumbres, los árboles. Lo que a nivel del mar era pata de vaca, o simplemente pata, aquí, a más de mil 500 metros sobre el nivel del mar, es casco de vaca; las acacias, que dan un fruto similar al del guamo y parecen matronas obesas sentadas enfrente de sus casas, se tornan delgadas, como la leucaena, o un poco más robustas, como la acacia amarilla. Ya no hay matarratón, ni guácimo, y es una rareza encontrar una palma de coco tan lejos del mar.

Pero esta, la ciudad donde vivo desde hace tantos años, y a la que no he podido aprender a tutear, en la que nacieron mis

hijos, que sí la tutean, es verde todo el año, “verde de todos los colores”. No obstante, la mayoría de las personas ignoran el nombre de los árboles. Conviven durante décadas con una frondosa *pandurata* y apenas si la ven; saben que hay árboles en la zona verde de la unidad, en las aceras, en los parques, pero es como si no existieran.

Todas las civilizaciones se construyeron con árboles: fueron leña para avivar el fuego, mango para el hacha, garrote, lanza, flecha, arco; se convirtieron en canoas, cuadernas, remos, altares; son el papel de que están hechos los libros, y hasta hace poco, cuando el mundo era todavía lento, fueron cartas portadoras de buenas y malas noticias. El roble, utilizado por su dureza en la elaboración de mangos y lanzas, fue el árbol de Zeus; el Fresno, el árbol de Poseidón. El delicado Apolo, que, inflamado por el deseo, persiguió a Dafne, debió conformarse con abrazar el tronco del laurel en que esta se había convertido y mojar con sus lágrimas la áspera corteza que antes fuera su cintura. No fue correspondido en el amor, no pudo desfogarse en el bello cuerpo de la muchacha que huía por el bosque, pero las hojas siempre verdes de ese árbol adornan la cabeza de los vencedores. ¿Y de qué si no de roble estaban hechas las cuadernas del Arca?

Durante años no me interesaron los árboles. De los que nos ofrecen sus frutos sabía el nombre: mango, pomo, guayabo, zapote, aguacate, guamo, naranjo, guanábano, etc. Con el sabor que las frutas nos prodigan aprendimos sus nombres. Los innominados, en cambio, eran simplemente “el árbol”. Como esas personas que encontramos a diario porque frecuentan las mismas calles que nosotros, a las que reconocemos pero nunca saludamos, así, los árboles...

Inquiriendo a personas mayores, memorizando la silueta de los troncos, la disposición de las ramas y la forma de las hojas, aprendí a distinguir el urapán, el terebinto, el tulipán africano –también conocido como miona–, el carmín y el cámbulo. Consultando en libros me enteré de que el urapán es el mismo Fresno de las batallas homéricas; que el terebinto es la misma encina, dura como la roca, resistente al rozamiento, usada por los antiguos en la fabricación de ruedas. De encina eran las ruedas del veloz carro de Aquiles y sus veloces flechas, y el mango del hacha de Heracles; de encina era la lanzadera que iba de un lado a otro del telar, guiada por las expertas manos de la ambigua Penélope. El dios del Antiguo Testamento, de corazón tan duro como una astilla de encina, eligió este árbol para revelarse a sus profetas. Hay terebintos en todo Medellín, pero el más frondoso, con sus ramas enredadas en un afro



compacto que no deja pasar la luz del sol, está en Suramericana.

Quizá el árbol que más abunda en nuestra ciudad es el urapán. Lo encuentras en el Parque de Boston, en el Parque Bolívar, en la Plazuela San Ignacio y en el cada día más mohoso Parque Berrío. Si quieres ver un urapán, dale la vuelta a la manzana, es probable que lo encuentres compartiendo acera con el sauce, que en la mitología griega es el árbol de Hades, el árbol del mundo subterráneo. Cuando Orfeo, dolido por la muerte de Eurídice, inconforme con el destino, decidió descender al mundo de los muertos en busca de su amada y cantar su pérdida, nadie resistió la fuerza de su canto. Las lágrimas corrieron por las mejillas de Perséfone, de Cancerbero, de Hades. Todos, hasta los sauces, lloraron ese día.

Unas cuantas cuadras y encontramos completa la historia de la llamada cultura occidental: el espacio geográfico donde nació la filosofía, el teorema de Pitágoras, la tragedia; y el desierto donde nació el Dios invisible. Hasta podría resultar más pedagógico enseñar la filosofía en las calles, hablando de urapanes, sauces y encinas, que en un salón repleto de sillas incómodas.

Pero en los colegios no quieren saber nada de árboles. Están obsesionados con las competencias y cada año sacan estudiantes menos competentes; los proyectos de educación sexual son los más importantes, y sin embargo las adolescentes se embarazan pronto; se enseña urbanidad y se ignora todo sobre la ciudad. Laboré en un colegio rodeado de árboles. Había urapanes, chiminangos, terebintos, leucaenas, búcaros y carmines. Nadie sabía identificarlos, ni les interesaba, aunque era común la expresión “sentido de pertenencia”: con el colegio, con la ciudad, con el país.

Conocer los árboles, saber nombrarlos, es ir al encuentro de nuestra identidad, de nuestra verdadera historia. ¿Por qué en las calles y parques de mi ciudad hay tantos árboles europeos y tan pocos árboles nativos? Los europeos conquistaron un continente, pero no lo conocieron. Ignoraron su flora, las creencias de sus habitantes, la diversidad de sus lenguas. Árboles nativos como el chiminango, el búcaro, el gualanday, el carbonero, el confite, el piñón de oreja, que puedes encontrar en cualquier parque, no dicen nada sobre

las culturas amerindias. ¿A qué deidad estuvo consagrado el búcaro? ¿Qué dios mojó con sus lágrimas la corteza del chiminango? En la imposibilidad de responder a estas preguntas está nuestra identidad. El fresno, el sauce, el gualanday y ese otro árbol, la lengua, nos recuerdan, como lo dijo el poeta mexicano Octavio Paz, que somos y no somos europeos. La ambigüedad de ser y al mismo tiempo no ser es nuestra marca.

Bajo los árboles transcurre la vida. Vagabundos, desempleados, vendedores de confites manoseados buscan en los parques el cobijo de un árbol.



Compartía la banca con un anciano, y entre ambos estaba la pequeña caja llena de cigarrillos, confites y galletas, un termo de tinto y vasos desechables. Me acerqué. A ella le pregunté cómo se llamaba el árbol bajo el cual ofrecía su precaria mercancía. Me dijo que no sabía, pero que varias veces le había servido como parapeto para ofrecer sus raticos. Al principio no capté el mensaje, como tampoco que se trataba de un hombre. Tenía entre cuarenta y 45 años, los labios pintados, y vestía blusa y falda. Me dijo que hacía años se llamaba Gustavo, pero que se cambió el nombre y ahora se llamaba Natalia, “aunque debería llamarme Gustaba porque ya no gusto”. Trabaja en esa banca, bajo ese árbol, desde hace diez años, todos los días, excepto cuando hay Sanalejo. Cogió mi periódico y leyó en voz alta su horóscopo y el de su novio. Pregunté cuándo se dio cuenta de que era distinto. “Desde siempre –dijo–. Toda la vida me gustaron las cosas de mujer, la suavidad de la ropa interior. Siempre usé calzones, ahora no los uso, ni brasieres. Cualquier día se cae este palo –y señaló el tronco del árbol– como se cayó el mío. Ese de ahí, frente a usted, lo mocharon hace como dos semanas; si cortan este quedo damnificada”.

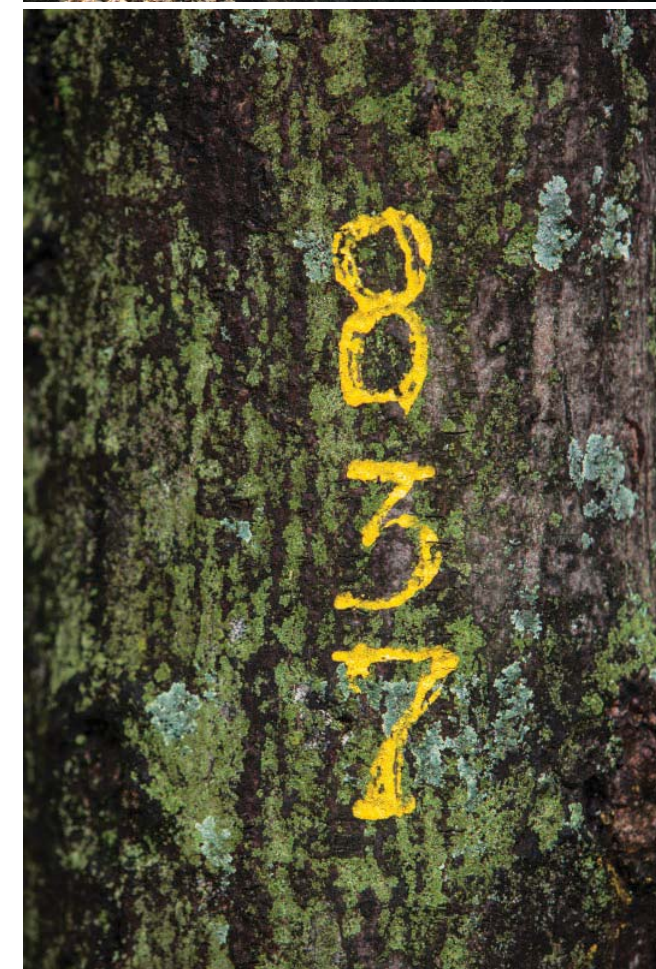
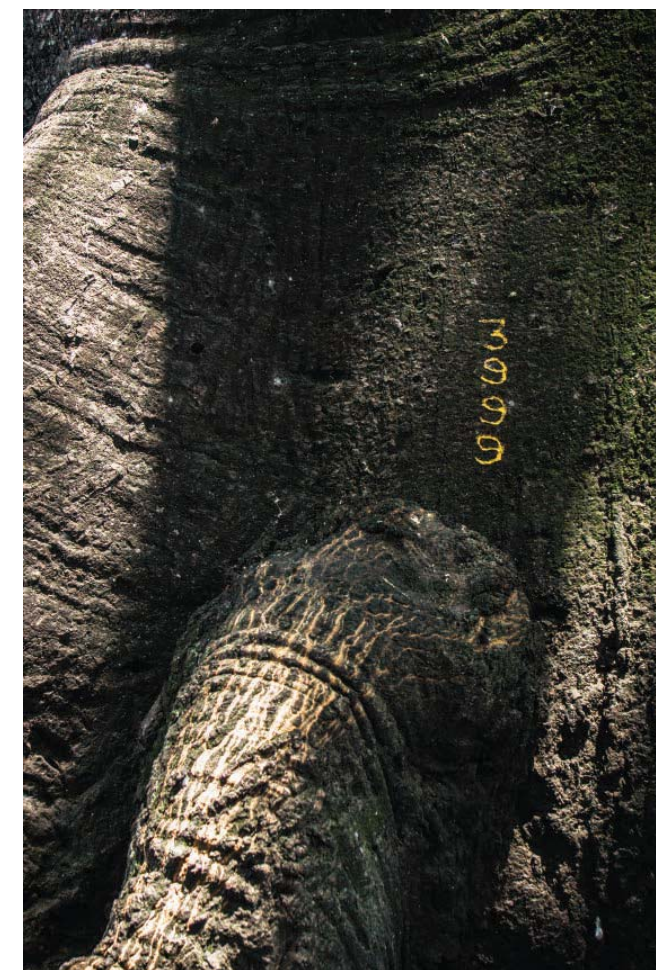
Caminando por La Playa conocí a don Alfonso. Le gustan tanto los árboles que me acompañó hasta el Parque de Boston y los fue enumerando. Dijo que el urapán parecía una peste, estaba en todas partes. Nos sentamos en un muro a descansar porque sufre de ciática, y me contó que antes, cuando le preguntaban cómo se llamaba un árbol, decía Palo Escobar: “ahora



no digo así”. Su padre, finado ya, se llamaba Rodrigo y era topógrafo. Más o menos en 1964, por los lados de Argentina, había buenos restaurantes en los que su viejo acostumbraba almorzar, y un adolescente lavaba el carro en que se movilizaba. Como era muy trabajador, el pago siempre fue generoso, y alguna vez le regaló una muda de ropa. El muchacho, agradecido, decía que tranquilo, que a él no le cobraba, a lo que don Rodrigo respondía que se dejara de cosas, que él solo quería ayudarlo. Durante años no lo vio. Avanzada la década de los setenta se presentó, hecho un hombre, en la oficina: “don Gabriel, usted todavía en medio de sus cachivaches de topógrafo”, dijo. Quería saber si en San Antonio de Prado, de donde era el viejo, se podía conseguir una finquita. Don Gabriel le dijo que sí, que había un señor vendiendo dos finquitas muy buenas, como de hectárea cada una, muy cultivadas. “¿Cuándo me puede acompañar?”. Don Gabriel, que estaba desocupado, dijo que si quería podían ir ya: “así fue como Pablo Escobar recompensó a mi papá con dos fincas”. Le siguió haciendo regalos que el viejo aceptaba agradecido. Cuando todo se volvió un infierno para el capo, dejó de decir Palo Escobar. “Si alguien lloró la muerte de Pablo fue mi viejo”.

Seguimos caminando hasta el Parque de Boston. En Caracas, una cuadra antes, nos llegó el olor de los cadmios. “Estos son los reyes; si hubiera más cadmios en las calles, sería el cielo”, dijo.

Nos despedimos después de darle una vuelta al parque. Ya no me fijé más en los árboles. El olor de los cadmios se esfumó. Solo me quedó la sensación de que Pablo Escobar estaba en todas partes, como los urapanes.



Pan y parque

Por JULIÁN ESTRADA

Muy poca gente habita hoy el Centro de Medellín; sin embargo, según cifras de la alcaldía, de lunes a viernes su población flotante rebasa el millón y medio de personas, y los sábados y domingos mengua en las calles para concentrarse en los parques, que se atiborran de puro pueblo.

Hablaremos de parques tradicionales, hoy transformados en algo muy distinto a lo que fueron: Bolívar, Berrío, Boston y Plazuela San Ignacio; y también de parques modernos que invitan al habitante común a disfrutarlos: San Antonio, Plaza Botero y la de Cisneros.

En estos parques hay dos clases de habitantes: quienes viven del parque y quienes entretienen su vida en el parque. Los primeros son un ejército de hombres y mujeres que trabajan de sol a sol ofreciendo todo tipo de mercancías, desde antifaces de Batman y paletas de mango biche, hasta “la suerte” en el pico de un periquito o, con discreción de carterista, billeteras Hermes impecablemente falsificadas. Los segundos forman un amplio espectro de perfiles, cuyas vidas transcurren allí no por voluntad propia, sino como mecanismo de defensa, terapia y estrategia: en el parque se contempla el guayabo, se olvida la trifulca familiar, se huye del arrendador, se piensa en las téticas de la vecina, se hacen volutas de humo con cualquier semilla y se come bueno, bonito y barato.

Los habitantes de estos siete parques forman una multitud caleidoscópica y a la vez homogénea; convergen en ellos personas nacidas en la ciudad, con orígenes mayoritariamente campesinos, y otras provenientes de los 125 municipios que conforman el departamento, además de las que vienen de lejanas latitudes con costumbres diametralmente opuestas. De tanto sudar, sufrir y gozar juntos, hoy son el mismo pueblo, pues han mezclado sus historias, creencias, lenguajes y cocinas para consolidar una auténtica cultura urbana. Este gentío genera ante todo una oferta y una demanda de sabores y aromas que confirman la importancia de la cocina como elemento de cohesión social.

En cada uno de los parques hay un artesanado culinario, con una variedad de propuestas ora cocinadas, ora al natural.

Carretillas que semejan bodegonos para almanaques de publicidad con chontaduros, mandarinas, aguacates, mangos, bananos y las famosas “fresas de Oriente”: fragmentos ambulantes de la plaza de mercado. Canastos llenos de sabores emparentados por la harina de yuca y de maíz, buñuelos, pandeyucas y pandequesos exhibidos en panaderías esquineras y tiendas; vitrinas preñadas de empanadas, pasteles y papas rellenas, acompañadas del inefable frasco con ají que sirve como marca y anzuelo de exclusividad. Hornillas de carbón alentadas con secador de pelo que sueltan aromas de carne de primera, asaderos improvisados que ofrecen chorizos, butifarras, salchichón: la proteína al alcance de la moneda de mil. Ollas rebosadas de frijoles en fina tinta y enormes calderos llenos de arroz blanco; parasoles multicolores que sombrean almuerzos de menú variado impecablemente empacados: pollo, cerdo, res o albóndigas, ensalada de remolacha y tomate o repollo y zanahoria. Versátiles vitrinas con jugos de todas las frutas y todos los colores; el guanabanazo y el borojazo son tradicionales del Parque Berrío. Triciclos con remolques atiborrados de coco en todas sus versiones; parihuelas con magistrales cortes de mango, piña y sandía. Esta pantagruélica oferta popular es la verdadera economía del rebusque. Allí se cruzan todo tipo de empresarios, desde magnates del tamal y el salpicón con verdaderas microempresas familiares, hasta el más paupérrimo vendedor de confites y gomitas cuyo inventario total no vale lo que su pernoctada diaria.

Uno por uno

La contemporánea Plaza de Cisneros no tiene todavía habitantes arraigados, es ante todo un lugar por donde cruzan diariamente miles de personas con destino definido. Sobre San Juan, frente a La Alpujarra, hay dos puestos de frutas acreditados por el tiempo, única oferta informal de comida que ofrece la plaza.

El Parque Berrío es la pepa; allí llega todo el mundo y el que no llega fue que se pasó. Este parque tiene la mayor oferta de ventas ambulantes de comida de la ciudad, además de una contundente variedad de cafeterías, restaurantes, panaderías, asaderos de pollo y pizzerías. Los almuerzos a dos mil que venden frente al atrio de La Candelaria son el sello del parque. La modalidad “recién servido” es la más exitosa con su carta de sudado de pollo o carne, papa, yuca, arroz blanco, ensalada y jugo.

Una pareja de esposos despacha desde su humeante carrito de mercado a la amplia clientela conformada por los propios del parque:



músicos, bailarines, tinteras y vendedores ambulantes; tienen como vecina, ahí mismo sobre Palacé, a Claudia, quien ofrece almuerzos empacados al mismo precio. También funciona en el parque una ingeniosa empresa con una flota de vehículos acondicionados y ubicados en esquinas estratégicas, que ofrecen hamburguesas, perros y pizzas con un nombre más que apropiado: El Trío Paisa.

Asimismo están las vitrinas con jugos, algunos de sospechosos colores fluorescentes –verdes, fucsias y naranjas–, y otros lechosos de guanábana y ponche. El mango biche de un verde estallado y el chontaduro entero o preparado con miel aparecen en cada esquina, así como las gelatinas blancas empolvadas que se exhiben junto a los buñuelos. Además, recorren el parque heladeros que ofrecen chococono a 500. Pero el producto más popular es el tinto o perico de termo.

En la noche, cuando la pachanga está en todo su furor, llegan los asaderos ambulantes que aportan un olor a carne digno de cualquier fiesta. La escena termina con la fritadora de empanadas a los pies de Pedro Justo Berrío, quien con un gesto dócil parece dar su aprobación a todo cuanto ocurre alrededor.

En la Plaza Botero la oferta de mecató y comida está definida por la demanda de los turistas. Es el sitio obligado para los visitantes trasatlánticos y los de Angelópolis, Yalí, Betania o Titiribí, quienes se toman la inevitable foto bajo la cuca de una de las gordas de Botero.

Allí pululan las carretillas con todo tipo de frutas, los dispensadores de jugo, los vendedores de helados y, ni más faltaba, los de tinto. Por supuesto, se venden también crispetas, guarapo y salpicón. Para aquellos hastiados de las carnes abundantes de las esculturas de Botero está Govindas, templo Hare Krishna con vista a La Veracruz; y para el oficinista clásico hay todo un surtido de corrientazos y típicos en los almorzaderos de Calibío. La Cevichería Miramar ofrece sus poderosos reconstituyentes en el sector de la Plazuela Nutibara, jugos y malteadas con poderes afrodisíacos que se anuncian entre el ruido de las licuadoras.





El Parque Bolívar es refugio y sombra de miles de ciudadanos que desde las primeras horas de la mañana hasta muy entrada la noche conversan, discuten, declaman y opinan de lo divino y lo humano. Allí se establecieron las primeras familias antioqueñas, que fusionaban platos franceses con recetas paisas. Paradójicamente hace un cuarto de siglo, en la mansión más representativa de aquella época, funciona uno de los más famosos restaurantes populares de la ciudad: La Estancia. Allí la oferta diaria consiste en arroz, frijoles y presa de carne a gusto del comensal; el módico precio de tres mil 900 pesos saca de hambrunas a una horda de secuestrados por la pobreza. Un grupo de mujeres chocoanas se ubica sobre el andén de la calle Caracas frente a sus tiznadas hornillas, donde ofrecen, a granel y en cantidad, chuzos y carnes asadas.

En el parque sobrevive el viejo espólón de Ostras Marbella y la pastelería Santa Clara. Para quienes buscan postres ambulantes están las crispetas, el copito de nieve, el coco dulce, las panelitas y, si se trata de perderse un poco, los brownies de marihuana que se ofrecen en el popular Sanalejo.

El Parque de Boston es muy diferente al resto, tanto por su ubicación como por sus visitantes. Los fines de semana el parque se llena de gente. Su atmósfera de familiaridad impresiona al caminante desprevenido, pues pareciera que todo el mundo se conoce y que aquella función de "lugar público para una recreación democrática" se cumple al pie de la letra.

El parque tiene una enriquecedora oferta de mecato que va desde lo más clásico: algodón dulce, pirulíes, solteritas, obleas con arequipe, gelatinas blancas, cremas de coco, melcochas, empanadas, papas criollas, helados; hasta lo más contemporáneo: panzerottis, salchipapas, chuzos, nachos y pizzas.

La Plazuela San Ignacio tiene apariencia de pequeña plaza europea, reforzada por su arquitectura y por la presencia del Paraninfo y de la iglesia que le da nombre. En esta plaza la oferta de comidas y de mecato ha sido una vieja costumbre; la razón es sencilla: en ella y sus alrededores funcionan todo tipo de institutos, colegios, academias y universidades, con una población estudiantil ávida de saciar el hambre que produce asistir a clase. Famosas fueron las vendedoras de arepas venidas desde Santa Elena y La Toma, y las de buñuelos y pandequesos; famosos son los carritos de viruta de mango biche y las carretillas de piña, papaya y

sandía; y también lo son las arepas asadas con queso de dudosa procedencia que impregnan la atmósfera por varias cuadras a la redonda. El puesto de solteritas y obleas ha resistido el paso del tiempo, y ha incorporado la venta de artículos religiosos como camándulas, escapularios, estampitas y novenas de San Ignacio o la Madre Laura.

El Parque San Antonio es un verdadero fenómeno social. Todo el mundo sabe que allí se da cita la colonia chocoana de Medellín. En este parque el pueblo negro goza al límite y de manera espontánea, pues ha sabido trasladar allí todos los encantos de su tierra: su alegría, su indumentaria, su vanidad, su música, su baile y su cocina. Quien quiera disfrutar de la cocina del pacífico debe acercarse a este parque donde abundan excelentes restaurantes con recetas de diferentes lugares del litoral: atunes de Bahía Solano, sancochos de carne *salá* de Buenaventura, muelas de cangrejo y atollaos de camarón de Tumaco, guiso de muchillás de Juanchaco, tamales de plátano verde y camarón de Guapi.

Este rápido recorrido evidencia una paradoja contundente: el Centro de Medellín, que durante años fue habitado principalmente por las clases sociales más acomodadas, y que además constituyó un amplio, plácido y silencioso sector, hoy es el lugar predilecto de las clases populares, pues los estratos altos solo asoman por circunstancias especiales, como la visita de una tía pobre o la revalidación del pasaporte. Es un hecho: el Centro es pueblo.







Memorial de parques

Por EDUARDO ESCOBAR



Si bien me acuerdo, en los buenos tiempos de mi infancia, para calificar de algún modo aquellos años imponderables, los parques en Medellín eran unos adornos urbanos que apenas tenían que ver con la vida como era, como se vivía de diario, y solo nos estaban permitidos a los niños los domingos, como los zapatos de charol comprados en el almacén de Ruperto Echeverri, el corbatín de gancho y el vestido Everfit azul oscuro de ir a misa.

Después de cumplir los deberes con las divinidades y de oír el sermón de siempre que nos ponía invariablemente entre la gloria y el infierno, los parques se convertían en un ensayo breve y efímero del ideal de la democracia. Las muchachas del servicio y los obreros de todas las pelambres se mezclaban con los secretarios de todos los estatutos y con los contadores de la más diversa importancia, y hasta con los gerentes de las fábricas y los dueños de los almacenes, que antes de montarse en sus anchos automóviles recién bañados hacían una pausa católica bajo los árboles para que sus niños con los niños de los otros, sin distingos de clase, raza ni partido político, se entregaran al placer igualitario de pasar las lenguas húmedas recién purificadas por la eucaristía sobre las bolas de los helados rosados, azules, verdes y amarillos encapsuladas en crujientes barquillos.

Bueno, ya entonces existían lo que hoy llaman inequidades, pero entonces pertenecían más al reino de la teología que a la sociología y formaban parte del juego de los inescrutables designios de la Providencia. Los niños de algunos —sí, los de los gerentes, y los de los dueños y los de los secretarios de alguna jerarquía— lamían bajo los follajes helados dobles con un alarde de chocolate desde la cima hasta los codos. Pero todos, por distintos que fueran, estaban soportados por un frágil cono de galleta, del mismo modo como, según el sermón repetido, todos estábamos igualados por la base de nuestra frágil condición mortal.

Las palomas circulaban entre los rutilantes zapatos de todos alertas al grito de desesperación de algún crío que anunciaba la caída del botín para estas ratas del aire. Los voceadores de periódicos anunciaban sus papeles con la última noticia y los monitos —Benitín y Dick Tracy— que alegraban el día del Señor. A veces un faquir comía vidrio molido o se revolcaba sobre una cama de clavos. Y el manager del loro adivino emplazaba al artista vendedor de suertes junto a la estatua. Casi todos los parques eran el espacio de una estatua solitaria cuyo pedestal servía como mingitorio

nocturno de borrachos, referencia de citas con amigos torcidos y de encuentros de soldados con sus amantes, y para poner de año en año, al son de una trompeta y con la presencia del gobernador y el presidente de la academia de historia, una ofrenda floral que después hacía de cama de un perro callejero hasta que se deshacían las cintas y los pétalos entre las pulgas.

A propósito de trompetas, los parques solían ser también el escenario de unos acontecimientos que nunca perdían encanto aunque se repitiesen cada semana: las retretas. Entonces, la gente alimentaba su sensibilidad embotada en el trabajo, boquiabierta alrededor de una banda de vientos que tocaba como mejor se podía cosas de Rimsky-Korsakov y los mismos valses de Strauss y un himno, siempre el mismo, y un bambuco que a veces cambiaban por un pasillo. O así pasaba en todo caso en el Parque Bolívar de Medellín, que fue el que yo frecuenté con más asiduidad aquellos años inicuos del crecimiento.

Ningún otro parque de la república, que se haya sabido, contó con un director de banda tan singular como el del Parque Bolívar. El señor Joseph Matza era un húngaro, según me parece, o un checo, pequeño como un gnomo, que dirigía con una cara de mal humor ostensible mientras las mejillas rosadas como las nalgas de los recién nacidos le retemblaban al son que les tocaban. Decían los malhablados que era alcohólico, y en efecto a veces cruzaba la carrera Junín haciendo eses, unas eses discretas, recogidas, minúsculas, digamos. Decían que le gustaban las lolitas. Y bien puede ser porque a veces sonreía a solas como si llevara un recuerdo de enamorado por dentro. Yo no sé. Sé que Matza me inspiraba una gran compasión. Era obvio que no era feliz en su oficio. Y supongo que andaba corroído por alguna nostalgia de su patria gitana, evidente por el modo en que al final de la tarea echaba la batuta en la maleta de las partituras, se limpiaba el sudor de la calva con un pañuelo immaculado y se iba sin despedirse de sus músicos.

Los parques eran cosas de los domingos en todas las ciudades de respeto. El resto de la semana eran un lugar prohibido para la gente normal y servían como hogar de paso de vagos bostezadores, gentes sin oficio y que no lo buscaba, borrachos irredimibles, y perdidos como ese primo mío Puerta que se parecía a Julio Flórez y que nunca sirvió para alguna cosa fuera de estarse sentado desde por la mañana en el Parque Bolívar,

contemplando las motas de los balsos mientras emprendían su vuelo de la carrera Junín hacia La Playa, donde desaparecían ahogadas en los orinales del bar Zoratama frente a París Moda.

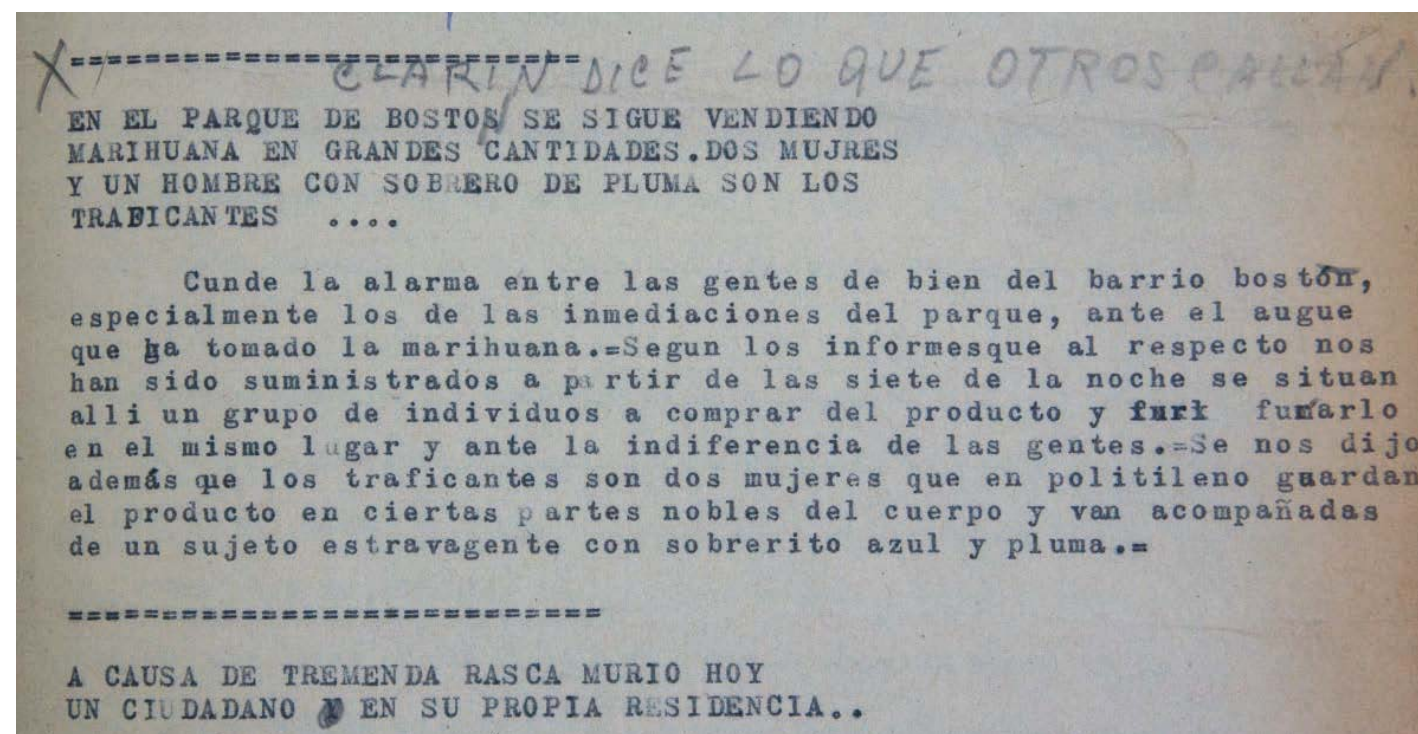
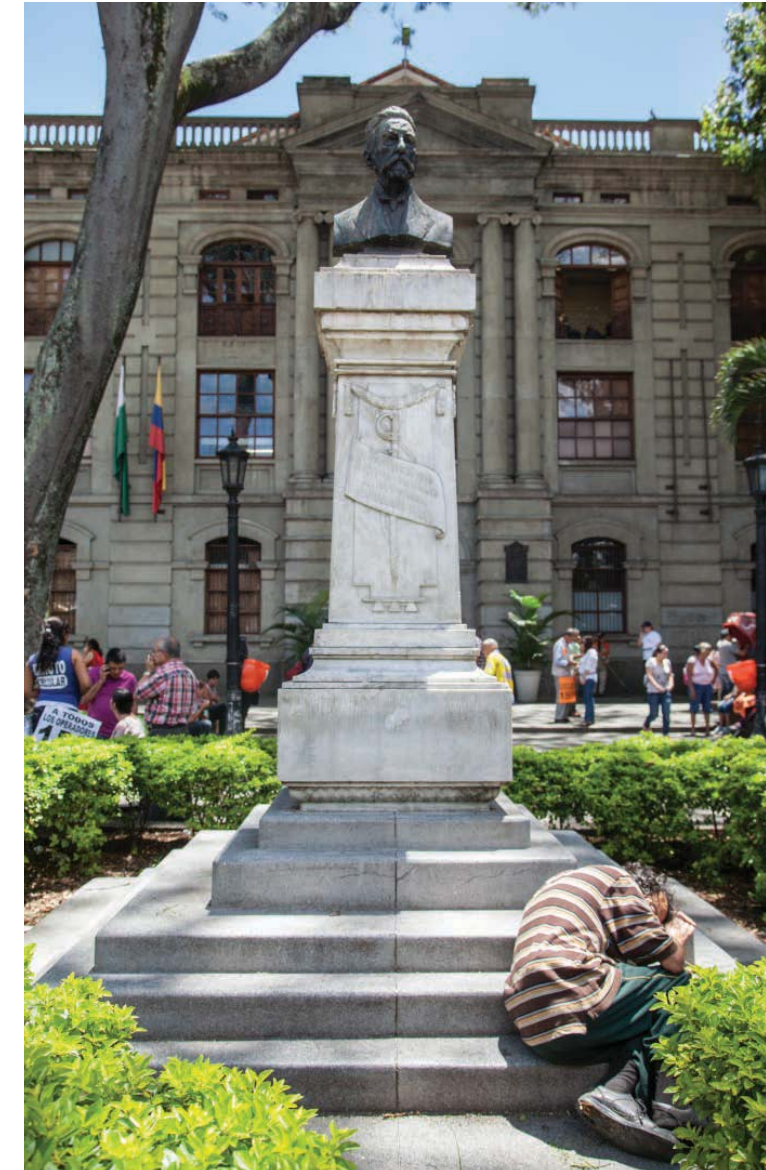
Los nadaístas, como en muchas otras cosas, fuimos precursores en romper el tabú de los parques y contra la opinión de nuestros padres nos hicimos sus habituales. No solamente del Bolívar. También nos gustaban los otros. El parque del Barrio Obrero, que más que un parque parecía una herida de polvo en la ladera del Pan de Azúcar. El de Boston, si bien recuerdo guardado por un león de bronce a la pata del héroe Córdova. El de Laureles, allende el río que según el poeta partía la ciudad en dos tajos de hierba. Y el Bosque de la Independencia que hoy llaman el Jardín Botánico, entre cuyos árboles centenarios, en un feliz abandono en aquellos tiempos en que las autoridades municipales no contaban con los ecologistas y no se hablaba de biodiversidad ni de recursos hídricos, íbamos los nadaístas a fumarnos los primeros cachos de marihuana en los botes del lago, donde aprendimos a remar y a alucinar lejos de las interrupciones impertinentes de la policía. La marihuana era todavía reputada de maldita. Y un aromático moño en el bolsillo o una simple chicharra ponían al aspirante al borde de la colonia penal de Acacias o de la misma Gorgona rodeada de tiburones, por temporadas de un año más largo que el putas en semejantes lugares.

Seamos justos: antes de los nadaístas otros integrantes de la clase media intelectual habían adoptado los parques sin vergüenza, contra el respeto humano. Por ejemplo, el grupo de Manuel Mejía y Óscar Hernández se reunía al crepúsculo en las bancas de granito del Parque Bolívar, en el costado de la carrera Ecuador, frente a la recién inaugurada Heladería San

Francisco. Pero en fin, los nadaístas nos atrevimos a gastar nuestros ocios abundantes y extensos en la exploración de las bancas del centro y del lado de Palacé, más infectas y poco recomendables, donde dormían los alcohólicos de la parroquia con sus vestidos ajados sobre periódicos viejos y donde encontramos personajes estrambóticos como 'Papita', de quien nos hicimos muy amigos dariolemos y yo. Ya no me acuerdo por qué llamamos Papita a este hombre oriundo de Finlandia, que solía hablarnos de un pasado milagroso y cancelado, de sus clases de teatro con Stanislavski no sé dónde y de su amistad con Mario Moreno 'Cantinflas', aunque suene incongruente. Un pasado que repasaba sin orgullo ni amargura.

Volví a ver a Papita muchos años más tarde en la Secretaria de Cultura del municipio, cuando funcionaba donde hoy está el Museo de Antioquia, vestido con pulcritud, con un gran corbatín de artista y sin los tufos y los hipos de antes. Pero no quisimos saludarnos por respeto a esos días aciagos cuando comía grillos, que dicen eran el pasante de los alcohólicos de antes que solventaban su vicio con el alcohol de las farmacias. Los demás lo usábamos para desinfectar las heridas del cuerpo. Ellos lo echaban sobre las lamosas heridas del alma.

Tal vez las nuevas generaciones no lo sepan, pero en los alrededores del Parque Bolívar vivían los ricos de la parroquia, la aristocracia antioqueña que ponía la cuota de los ministros y los embajadores del gobierno central, o mejor dicho, la plutocracia, porque en Medellín todos, incluidos los blancos, eran inmigrantes de los pueblos de la periferia, hijos y nietos de finqueros y arrieros que habían sentado cabeza. Y mi padre, recuerdo bien, cuando logró liberarse del destino del burócrata de segunda en la industria incipiente, en bancos e instituciones gubernamentales,



Las alertas del Radio Periódico Clarín sobre los malevos en los años sesenta hoy suenan tiernas con el dibujo de hombre con sombrero de pluma.

y se convirtió en anticuario, vio por fin la hora de situarse donde creía merecer. A pesar de las dificultades económicas, mi padre jamás dejó de sentirse un príncipe, y al mejorar las cargas compró un flamante apartamento en las proximidades del parque, donde pensaba que vivían los de sangre azul. Pero le bastó asomarse al balcón del octavo piso el primer día para darse cuenta de la desgracia. Lo que en su ingenuidad infinita él llamaba "gente bien" se había trasteado a El Poblado, y el Parque Bolívar se hallaba convertido en un antro. En un gran basurero social. Cuando los planificadores de la ciudad decidieron erradicar las gentes de mala vida del barrio Guayaquil, el de las putas, los jíbaros y los raponeros, tan solo consiguieron regar las lacras que pretendieron curar por los cuatro puntos cardinales de la ciudad. No pasaron muchos días antes de que mi muy digna madre al salir oronda a su misa en la Basílica Metropolitana fuera asaltada a mansalva por una pandilla de maleantes que se le llevaron la cartera, los aretes de zafiro, y hasta el anillo de esmeralda que yo le había regalado un día de la madre a ver si me perdonaba las malas horas que le hice pasar con mi comportamiento, cuando decidí por mi cuenta que

no quería ser un hombre de bien como aquellos que ella y mi padre tanto admiraban, sino un poeta de parque negado para los negocios honrados y hasta para los otros que poco a poco se iban poniendo de moda en aquella ciudad querida que ya no existe. Y que jamás ha de volver. Y cuyos únicos monumentos visibles son ahora el Bolívar de siempre, muy serio en su caballo, y Óscar Hernández, el poeta que vino a publicarme con su amigo Manuel Mejía mi primer libro de versos. Que Dios los perdone.

A modo de coda debería contar cómo mi padre también huyó del Parque Bolívar a las lomas en busca de refugio, como toda la gente que se preciaba de serlo. Y cómo descubrió que se había convertido en vecino de Pablo Escobar y sus amigos, que además cegaron las servidumbres de su finca cerca de El Escobero, llenándolo de amargura, pues no había con quién pelear y no hubo abogado que se atreviera a defenderlo. Creo que mi padre al fin se murió de eso, de correr en busca del buen lugar que creía merecer. Agobiado por la decepción y la impotencia. Pero esa es otra historia.